PREFACIO

La presente encuesta tiene como único propósito desenterrar verdades ocultas y sepultar el millardo de mitos vertidos sobre un *Tercer Reich* que fue desdibujado en su objetivo y demonizado en su rigor histórico, circunstancia que atribuyo por igual a sus detractores y defensores.

A los primeros, toda vez que se han apoderado de la propiedad intelectual de hechos nunca probados fehacientemente, y a los segundos, porque se han adherido a una absurda idea glorificadora de todos sus líderes, sin excepciones.

Y en esa combinación de matices, continentes más de grisáceos que de colores primarios, deduzco que ambos grupos han naufragado en una suerte de miopía interpretativa en la decodificación del segmento más breve, pero acaso más intenso, de la Historia Universal.

Aunque guarde un enorme respeto por los del segundo segmento liderados por Sal-

vador Borrego entre los más antiguos, y por Gunter Grass y David Irving entre los más contemporáneos, sin perder el norte, pese a mis enormes limitaciones, de arribar a la objetividad que un tema como el de la Segunda Guerra Mundial debe gobernar la racionalidad de cualquier escritor, respetando lo que se impone como ineludible, esto es, haber chequeado todas las voces y corrientes de opinión que sobre este infortunado asunto se han expresado a lo largo de los casi 70 años que han transcurrido.

Y para ello, por ser mucho más nutridos que los otros, he de corresponderme con los que han denostado este asunto alemán en forma, digamos, relevante en lo impiadosa, ya que quienes somos originarios de la década de los 50, fuimos educados por esas pautas culturales que, como veremos más adelante, estuvieron muy divorciadas de los principios de una sana crítica.

Lo anterior, principiando por la membresía de intelectuales afines al marxismo y, sobre todo, por el celuloide de Hollywood, que en estas últimas 7 décadas ha caricaturizado y satanizado al nacionalsocialismo en las formas más ingeniosas, pero en esencia arteras y deformantes de toda laya, desde Chaplin con

El Gran Dictador, a comienzos de los 30, pasando por Harrison Ford y su saga de *Indiana Jones*, hasta llegar incluso a series de comics actuales como *Los Simpsons*.

Estudié con detenimiento y esmero cada aspecto de este fenómeno durante demasiado tiempo, con fechas, bajas, biografías y demás detalles como para despachar estas líneas.

Deviene, por ello, imperativo recorrer este sendero con una línea discursiva y argumental, en un plexo desprovisto de artilugios, merced a haber indagado en casi todos los autores clásicos y convencionales que pusieron bajo análisis y perspectiva las dos caras de la guerra.

Capté de cada uno de los consultados, los destacados más racionales que de ellos pude insuflarme, sin importar de qué costado ideológico inspiraron sus alegatos en favor y en contra de la persona de Adolfo Hitler.

Es por ello que en esta entrega me he propuesto, tal vez dentro de una modalidad algo peregrina, establecer, según mi modesta opinión, el preciso instante en que Alemania comenzó a perder la guerra, mucho antes de la capitulación en Reims el 7 de mayo de 1945.

Para ser más exacto, precisamente 5 años antes de esa fecha.

Trataré de esbozar estas sincronías de tiempo y espacio, al decir de Carl Jung, con ciertos hechos que uno tras otro, condujeron al futuro ruinoso del nazismo, incluso cuando el mundo temblaba con la fantástica e inédita estrategia de la *blitzkrieg* en la primavera de 1940.

Y a continuación, tomando en especial consideración el desconcierto mundial por la volatilidad del sistema monetario, el crecimiento exponencial y extensivo del fanatismo musulmán y la explosión de las economías emergentes de China y de India, me esforzaré en otorgar la mayor certidumbre que mi incierta ecuanimidad pueda otorgarme.

Al solo efecto de ejercitar una mera hipótesis acerca del resurgimiento del modelo nacionalsocialista como el futuro aglutinante de una forma plausible de gobierno con epicentro en una Alemania fortalecida en derredor de una Europa que sufrirá hambrunas y sucesivas rebeliones.

Y el peor de los caos, producto de un abrupto fin de fiesta de la burbuja inmobiliaria que tiene atrapados entre sus garras, in-

cluso a los Estados Unidos, que sobrevive a trancas y barrancas por una emisión monetaria descontrolada, sostenida sólo por la engañosa credibilidad y confiabilidad de un dólar que se devalúa al compás de su propia recesión, y del fracaso de las recetas de un Fondo Monetario sin prestigio alguno.

Esto, en una medida equidistante a las distintas escuelas de economía que hasta hace pocos años se consideraban infalibles en sus pronósticos.

Es muy probable que muchos lectores no adviertan una dosis de enciclopedismo en las páginas de este ensayo, pero entiendo que son irrelevantes para reseñar un tema demasiado abordado y con fruición, antes de ahora.

Pero en contraposición a ello, he de refugiarme en los miles de polvorientos registros del *Bundesarchiv*, de libre y pública consulta, porque a estas alturas, para la gran mayoría de los investigadores contemporáneos o bien carecen de interés o se congratulan con que sigan acumulando polvo para que la luz sea menos que tenue.

Este silente clima anti revisionista que he percibido, se encuentra muy anudado al sentimiento pérfidamente inoculado por los ven-

cedores de esa culpa colectiva que el ciudadano alemán promedio, a fuer de tanta insistencia, aún mantiene dentro de su genoma.

Todos los ancianos a quienes entrevisté -veteranos de las Juventudes Hitlerianas- sobre aquellos lejanos y oxidados episodios de la Segunda Guerra Mundial, me abonaron con sus invaluables testimonios, grandes acertijos que aún tenía sobre estos tópicos.

Pero a cambio de ello, me rogaron mantener sus identidades en un plano de total anonimato, lo que he de respetar, para cumplir así mi promesa, luego de estrechar sus temblorosas y curtidas manos.

En síntesis, luego de muchas dudas, he decidido publicar estas líneas como una contribución desapasionada que seguramente no tendrá impacto en la gente de mi ya provecta generación, pero puede que contenga alguna para las venideras.

Santiago de Chile, septiembre 19 de 2013.

UNA CADENA DE APARENTES VICTORIAS

LAS ARDENAS

Contra toda lógica y estrategia militar, Adolfo Hitler le indicó a su Alto Mando que la invasión a Bélgica y posteriormente a Francia, se haría a través del Canal Albert.

El 10 de mayo de 1940, quince divisiones de las Wehrmacht, que enfrentaban al doble de efectivos de la fuerza combinada franco-belga, cruzaron el pantanoso suelo del bosque de las Ardenas.

Sus generales estaban totalmente desconcertados porque dicha escalada fue la misma que el Káiser Wilhelm decidió trazar en la Gran Guerra, 26 años antes.

Se rumoreaba, incluso, que ese demencial curso de la contienda que recién principiaba, sellaría la suerte de los teutones, por la reiteración de una ruta de avance que sería prevista por el enemigo, por su obvia imitación.

Algunos de sus generales más cercanos llegaron a atisbar la posibilidad de deponer al Canciller, y otros a ejecutarlo, pero la estrella

del Führer estaba en su apogeo, y los Aliados, a pesar de los informes de inteligencia receptados, desdeñaron el plan alemán porque interpretaron que ninguna división de tanques, sería capaz de sortear el pegajoso fango de esa parte de Bélgica una segunda vez.

Demasiado tarde y con profunda sorpresa advirtieron que la tecnología germana haría posible una especie de milagro, sorprendiendo a los Aliados con los pantalones abajo.

El más prestigioso y poderoso ejército, como era el francés en esos días, cayó en menos de dos semanas, dejando boquiabiertos a los analistas internacionales más destacados.

La tragedia visceral de esta primera y flamígera victoria, fue que a partir de esa sorpresa desprovista de un razonamiento deductivo, ningún militar alemán osaría desaprobar los desaguisados del Canciller, que los conduciría a todos ellos hacia un inexorable epitafio, 5 años después.

DUNKERQUE

En ese norteño puerto francés, durante la última semana de mayo y la primera de junio en 1940, una operación después conocida como Dinamo y planificada con bastante pulcri-

tud por Winston Churchill, permitió evacuar a 220 mil efectivos británicos, 70 mil franceses y 42 mil belgas.

En resumen, el grueso de las fuerzas aliadas pudo sortear con relativo éxito y ponerse a salvo de una indetenible Wehrmacht.

Los noticiarios germanos hicieron su agosto, destacando que los Aliados habían sido corridos hasta el Mar del Norte en tiempo récord y que sus muchachos pronto retornarían casa.

Esto que aún hoy se conoce como la primera victoria del Reich sobre las fuerzas combinadas aliadas fue, por etiquetarlo de un modo simplista, un supremo desatino.

Un Hitler muy dubitativo sobre la factibilidad de un armisticio con el Reino Unido, impidió con una orden directa a sus comandantes que se diese cacería a un enemigo desmoralizado, hambreado y agotado, permitiéndole embarcarse a salvo.

En las playas quedaron abandonados tanques, artillería, municiones y pertrechos, por millares, junto a 145 generales galos, 23 mil oficiales y 170 mil soldados regulares.

Si el Führer hubiese optado por la aniquilación de todos los embarcados, Inglaterra tal

vez se hubiese visto forzada a una capitulación.

Sin embargo, el Premier británico se tonificó con esa huida precipitada, mutando una deshonrosa retirada en una victoria táctica, ya que recuperó rápidamente la confianza del pueblo inglés con la recepción de los fugados, a quienes en su mayoría despachó a Libia para enfrentar a Rommel.

Ese primer error estratégico, Hitler lo pagaría carísimo dos años después, cuando Montgomery, un Zorro más astuto que el teutón, lo quebraría en El Alamein, haciendo desaparecer a todos los Africa Korps, y otorgándoles a los Aliados, a quienes para entonces se les habían sumado los estadounidenses, el inicio de la invasión continental por Italia.

Pero habría más de esos yerros.

Con fuertes pérdidas de la tropa de elite de paracaidistas de la Luftwaffe, los alemanes tomaron Creta en mayo de 1941, en vez de haber puesto idéntico empeño en capturar la isla de Malta.

Si hubiesen tomado esta última opción, el control sobre el Canal de Suez hubiera resultado más plausible.

Pero al desistir de ello, permitieron que más del 70% de los cargamentos despachados desde Sicilia por la Kriegsmarine para los Africa Korps, fueran hundidos por los ingleses, quienes, con las pistas maltesas a su disposición, pudieron bombardear los convoyes de abastecimiento a voluntad, impidiendo así que estos arribaran a los puertos libios, controlados por el mariscal favorito de Hitler.

La derrota libia de los alemanes, como consecuencia directa del fortuito escape de los Aliados en las playas francesas dos años antes, no solo privó al Reich del control de todos los puertos del Oriente Medio, mutilando el control sobre las mayores reservas petroleras imprescindibles para asegurar el aplastamiento del ejército colonial británico.

Sino que además, tronchó los planes de Rommel de tomar Egipto y sumar a su ejército a más de 5 millones de voluntarios egipcios que ansiaban incorporarse al Eje como soldados regulares.

Pero los infortunios alemanes irían en aumento, irónicamente con más victorias que sólo acelerarían una ulterior derrota.

Veamos:

MARITA

Para el 28 de octubre de 1940, Benito Mussolini, que ya había atrapado Albania, comenzaba su despliegue invasor, haciendo desembarcar a sus tropas en territorio griego.

Con una plana mayor de generales perezosos e ignorantes, los fascistas italianos, en menos de 6 meses, no sólo fueron rechazados por las tropas helenas, haciéndolos retroceder al inicial territorio albanés, sino que además, estos últimos tomaron casi la tercera parte de ese país, hundiendo al ejército itálico en el más oprobioso colapso militar.

Ese completo desastre pergeñado por el Duce, obligó a Hitler a acudir en su auxilio para extinguir el ominoso fracaso de su aliado, movilizando a más de 20 divisiones, para asegurar la captura de los insurrectos griegos, quienes permanecieron bajo el férreo control alemán hasta los últimos días de la contienda.

BARBAROSSA

Y esa suerte de innecesario y absurdo salvataje retrasó innecesariamente a los alemanes en el adelantamiento de la apertura del Frente Oriental, al que tardíamente le dieron inicio en junio de 1941, siendo que los apres-

tos para esa triste aventura estaban listos en diciembre del año anterior.

A pesar de ello, la invasión se llevó a cabo con toda la cuota de adversidad que nadie pudo anticipar.

Ese año, el invierno ruso fue el más crudo de la última centuria. Incluso se anticipó, tomando al Sexto Ejército alemán por sorpresa, ya que el grueso de sus efectivos estaban provistos con uniformes estivales.

A pesar de una meteórica victoria inicial con la captura de una Ucrania, cuya población recibió a los alemanes como libertadores de la opresión Stalinista, un consumado drogadicto como Herman Goering entendió que los pueblos eslavos debían mantener su condición de esclavos, impidiendo a Hitler de incorporar esas tierras ucranianas inmensamente ricas y asegurarlas como el reservorio más abundante de alimentos para todo el Reich.

Y fue así que la tozudez del Führer, empecinado con la ocupación de Moscú a toda costa, amalgamada a la imbecilidad de su Mariscal del Aire, por el desdeño de incorporar a todo un pueblo que anhelaba escindirse de la Unión Soviética, delinearon el principio

del fin, de una rápida victoria germana, reiterando a pie juntillas la infausta campaña napoleónica que había sellado la suerte del Imperio 130 años antes.

Pero sobrevendrían otros infortunios, uno más inexplicable que el siguiente.

Con el Frente Occidental ocupado y asegurado, Hitler jugó todos sus cuartos en un paño como el soviético, que territorialmente era mayor que toda Europa continental.

La Unión Soviética estaba gobernada por un típico georgiano, cruel por nacimiento y también por adopción, que en su reino de terror, no tuvo empacho alguno, a comienzos de los años treinta, en masacrar a casi 12 millones de indefensos campesinos, los kuláks, quienes cometieron la ingenuidad por cierto, de disentir de la idea de la propiedad colectiva de la tierra.

A todo evento, es inexplicable que Adolfo Hitler no haya tenido esa carnicería en consideración antes de romper el pacto de no agresión suscrito con Stalin en 1939.

Y dicha omisión, impeditiva de un apacible análisis, fue acaso el producto de tantas ininterrumpidas victorias previas.

Hitler tuvo la irrepetible oportunidad de asegurarse para sí lo que había redactado en su *Mein Kampf*, de crear bajo su absoluto dominio, los Estados Unidos de Europa, pero es evidente que su mesianismo, anudado a su creciente megalomanía, emanada de un innegable triunfalismo, pudieron más que el sentido común, que como todos hemos visto, siempre fue el menos común de los sentidos.

LA MALA FORTUNA

En absoluto disenso con los historiadores clásicos, y a pesar de los dislates hitleristas en el escenario bélico en ambos frentes, interpreto que hubo por sobre muchos otros, cuatro episodios desencadenantes y del todo coadyuvantes para desencriptar las verdaderas causas de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, como he señalado más arriba, mucho antes de la rendición en 1945.

Los denominaré por sus nombres y en un orden cronológico.

ENIGMA

El 7 de julio de 1942, la marina británica captura el submarino alemán *U110*, en cuyo interior estaba emplazada una pequeña má-

quina descifradora portátil, un libro de códigos y el manual de operaciones.

A partir de ese hecho fortuito, de los que los Aliados tuvieron en exceso, la flota submarina germana, que hasta ese entonces había enviado a pique a más de 800 barcos mercantes y 3 millones de toneladas de cargamentos con dirección a una Inglaterra desabastecida, dejaron de ser una amenaza en las rutas del Mar del Norte.

Mediante el apoderamiento de la clave naval alemana, la fortuna se invirtió en favor de los Aliados y las presas comenzaron a ser los antes cazadores *U Boats*.

De esa manera, Alemania perdió el control marítimo de las frecuencias de abastos, de la que nunca se repuso, a lo que se debe sumar la pérdida de más de 300 sumergibles, por la detección temprana y oportuna de sus comunicaciones con el Almirantazgo.

ME 262

De todas las aeronaves que combatieron en los cielos europeos, el Messerschmitt ME 262, fue el más devastador e inalcanzable para los cazas Aliados, incluso para el orgullo estadounidense y su Mustang P51. Su diseño

con dos turbinas BMW era simplemente extraordinario.

Para octubre de 1942, con una Luftwaffe que había perdido completamente el predominio aéreo luego de la malograda Batalla de Inglaterra, su construcción estaba lista para hacerse en serie.

Discusiones bizantinas e innecesarias entre el fabricante y su competidor Heinkel, retrasaron la puesta en marcha de ese proyecto que hubiese revolucionado la guerra en beneficio de Alemania.

A ello se le sumó otro contraste, que lo incorporó el propio Führer, quien era de la idea que con semejante potencial de velocidad, el ME 262 debería mutar de un caza de ataque en un bombardero.

Así las cosas, cuando finalmente se procedió a lanzarlo con un rotundo éxito en octubre de 1944, era ya demasiado tarde, por cuanto se habían desperdiciado 2 valiosos años y los bombardeos Aliados habían debilitado al máximo el complejo militar-industrial alemán, reduciéndolo a cenizas.

T34

Desde los primeros días de la guerra, los

alemanes exhibían ante la opinión pública internacional la imbatibilidad de sus Panzers, lo que les facilitó derrotar a franceses, holandeses, belgas, daneses, noruegos, e incluso a los británicos adentrados en Francia, casi simultáneamente.

Con sus cañones de 88 mm, sus corazas de más de 100 mm y un tren rodante casi indestructible, se esmeraron por superar sus propias marcas de batalla, desarrollando otros modelos aún más pesados y temibles como los Panthers y el Rat Tank, que hasta nuestros días ningún ejército ha superado en tamaño y peso.

Sin embargo, sus ciclópeos oponentes no desanimaron a los ingenieros de Stalin, quienes silenciosamente les tenderían una trampa con un modesto tanque liviano que sorprendería a la Wehrmacht por su desplazamiento más veloz que el de sus contrincantes y su rusticidad, lo que les permitiría reparaciones domésticas, inmediatas y muy económicas.

El desastre de la batalla de Kursk, con la pérdida alemana de 2.000 de sus Tigers, tornaría irrecuperable Stalingrado y con ello provocaría la caída de todo el Frente Ruso.

LA CUESTION JUDÍA

Se han escrito decenas de miles de artículos y libros sobre este tema, con una abundante deformación de la realidad numérica de los pobladores judíos diseminados en Europa.

La primera de ellas fue que en 1934, la comunidad hebrea en Alemania era de tan sólo 500 mil miembros, de los cuales, la mitad emigró voluntariamente, luego de la *Cristal Nach* en 1935.

El otro grueso de judíos estaba distribuido, en lo que en 1516 los venecianos comenzaron a llamar *guetos*, cuando levantaron el primero de ellos. Estos eran: el de Varsovia con 380 mil individuos; el de Bedzin con 30 mil; el de Bialystok con 51 mil; el de Czestochovia con 17 mil; el de Lakhva con 25 mil; el de Minsk con 30 mil; el de Cracovia con 107 mil; el de Lodz con 120 mil; el de Leopoli con 47 mil; el de Marcinkance con 68 mil; el de Pinsk con 9 mil; el de Sosnowiec con 60 mil; el de Vilnus con 59 mil y el de Riga con 60 mil.

El resto de la judería europea, esparcida por todo el continente, no superaba el millón, principalmente en Francia con 600 mil y el

resto de 350 mil, repartidos en los Balcanes.

Sistemáticamente, se ha tomado la cifra de seis millones de masacrados como una verdad sagrada.

Pero si damos por cierto que la Agencia Mundial Judía, de acuerdo a su propio censo, estima que el total de judíos europeos al comienzo de la guerra era de 9 millones, e inventariando su distribución, esa cifra nunca superó los 2 millones, ya que el excedente estaba asentado en la Unión Soviética, ¿cómo se arriba al cálculo del 300% restante y presuntamente ejecutado?

Porque nadie, con seriedad, puede suponer que los alemanes tuvieron alguna injerencia en perjuicio de los hebreos rusos, ya que para arrimarle cierta e indispensable certidumbre, en aras de acusarlos de tamaña carnicería, deberían de haber ocupado antes su territorio, circunstancia del todo incapacitada en el intento.

Pero sin perjuicio de la grosera y engañosa manipulación aritmética de las reales víctimas de la SHOA, existen otros dos aspectos, convenientemente silenciados por la prensa y los intelectuales de la post guerra.

El primero estriba en la inocultable cir-

cunstancia que ninguno de los habitantes y círculos de opinión de todos los países de la Europa ocupada, se interesó por la suerte de sus compatriotas cananitas que fueron internados en los campos, hasta después de la contienda.

Profundizando, aunque brevemente, un tanto más la cuestión en debate, no interpreto demasiado infamante adicionar que en todas las capitales europeas de los años 30, sin excepción, existían enormes reservorios exclusivos, circunscritos y específicos para la comunidad judía.

La población no desdeñaba esa segregación edilicia, porque era una práctica que ellos mismos habían elegido desde antes de la Diáspora, producto de esas costumbres aislacionistas que les eran propias.

Además, no existe un solo documento indubitable que respalde la existencia del malhadado plan popularizado por el periodismo sionista estadounidense como *La Solución Final*.

Ni siquiera en las actas de la Conferencia de Wannsee, durante el curso del cual siempre se sostuvo que fue sellada la suerte de toda la comunidad hebrea.

Pero cierto es que negar que una especie de Holocausto fue emplazado contra los judíos por parte de las SS, es tan mentiroso como afirmar que fueron 6 millones los ejecutados.

No existen listas con nombres, ni registros numéricos fehacientes, que puedan respaldar esa cantidad de muertes, a excepción de una constancia en el Campo de Riga, en el que fue asentado que 20 mil judíos magiares fueron fusilados en 1944, luego que los guardias sofocaron un levantamiento general de esa población carcelaria, sin perjuicio que el tren de conjeturas sea tan inhumano y despreciable, que hayan sido millones o tan sólo algunos centenares de miles los judíos asesinados.

Pero como la victoria genera prosélitos y la derrota enemigos, esa versión hasta cierto punto exagerada de esos horrores de la guerra ha caído en el olvido y fue reemplazada por una mitología esparcida muy convenientemente por los israelitas, ya que merced a ello, en 1948 obtuvieron su identidad como nación soberana, prometida por el Reino Unido en la anterior guerra, en la Declaración Balfour.

Sin embargo, a fin de desentrañar acertijos irresolutos, los historiadores han silenciado lo que Hitler tenía en mente para la re-

solver el tema judío y por sobre ello, el furibundo antisemitismo que gobernaba a todo el concierto de países europeos, incluyendo Rusia.

Es muy probable que el ocultamiento deliberado y malicioso por parte de los cronistas del nazismo, respecto de las razias en la etapa zarista del siglo XIX, se deba precisamente a ello, para fundamentar el homicidio de millares de miembros de esa raza, como una creación novedosa del nacionalsocialismo.

Lo cierto es que la población judía con sede en Rusia, entre las décadas de 1887 y hasta 1917, fue diezmada por sus propios connacionales, en un número acaso muy superior a los 2 millones.

Se conoció a esa monstruosidad con un apelativo: pogromo, y su virulencia se acentuó cuando un movimiento terrorista autoproclamado como Voluntad Popular, procuró fallidamente ultimar al Zar Alejandro III, y conocerse públicamente que un judío llamado Aleksandr Ulyanov, hermano de un para entonces desconocido Lenin, era el jefe de la organización asesina.

A partir de ese magnicidio, la población rusa desató una auténtica embestida contra

sinagogas, rabinos, pequeños y medianos mercaderes.

Pero sobre todo, en perjuicio de las decenas de miles de usureros, quienes con su deceso, hicieron desaparecer también sus acaudalados créditos, que se tornaron incobrables y, por ende, abstractos.

Solzhenitsyn, en su novela de 1950 *Doscientos años juntos,* retrata que hubo más de novecientos de esos vergonzantes pogromos.

Sin embargo, todo ello se transformó en una quimera de dudosa existencia, porque desafortunadamente, los campos de exterminio dejaron un testimonio inocultable a los ojos de la Humanidad, aunque su intensidad haya sido mucho menor que la acometida en la Rusia de los Zares, 30 años antes.

Pero retornando a Hitler y sus planes de desplazamiento de los hijos de David, oportuno es señalar que con una gran dosis de sensatez, había elegido la isla de Madagascar como el destino definitivo para todos esos seres milenariamente perseguidos, a instancias de uno de sus almirantes, del que me ocupare más adelante.

Con clima templado, tierras fértiles y una geografía insular que los pondría a salvo de

invasiones, la decisión de Hitler contaba con el beneplácito de amigos y enemigos. Fueron exclusivamente los reveses de la guerra los impedimentos para concretar ese plan migratorio, lo que demuestra abiertamente que en momento alguno la supresión sistemática de la judería europea por parte del nazismo fue un objetivo planificado.

En otra dirección, pero con idéntica perfidia, nada o poco se sabe de las trapisondas inglesas en la campaña sudafricana.

Y aparentemente, nadie ha tomado la iniciativa de recordarnos que fue el ejército británico el que emplazó por vez primera los tristemente célebres campos de exterminio en las afueras de Pretoria hacia 1899, en los que perecieron de sed y hambre 26 mil mujeres e indefensos lactantes boers.

Los turcos imitaron esa tenebrosa técnica con los armenios en 1915, ejecutando a más de 1,5 millones, pero ni para los rusos, ni para los ingleses y menos aún para los otomanos, se constituyó un tribunal como el de Nuremberg, que sí se reservó para los desgastados alemanes.

Una crapulosa jugada del destino permitió que esos magistrados representaran a cri-

minales de guerra seriales como a Stalin, que nunca necesitó comparecer por su orden directa de asesinar a millones de sus propios compatriotas en Ucrania una década antes, ni tampoco Harry Truman, que emitió la orden directa de irradiar dos veces consecutivas a cientos de miles de aterrorizados civiles japoneses.

Pero como sea, el caso es que la verdadera historia de la SHOA es un reservorio de embustes que le ha ocasionado a todo el pueblo alemán, sin distingos, un alma colectiva culposa, de la que con un titánico tesón, apenas comienzan a recuperarse.

En verdad, y a riesgo de presentarme ante el lector como un sujeto desaprensivo, debo apresurarme en indicar que tengo muchos amigos que profesan la fe judía, y que me he permitido abordar este tema desprovisto de empatías con el régimen nazi, como la mayoría de los negacionistas, que se han limitado a descartar la veracidad de las cifras de asesinados.

Porque sin importar cuantos fueron en realidad, circunstancia que jamás conocerá la luz, el homicidio colectivo de cualquier etnia es un crimen contra la Humanidad.

Lo que deseo poner a consideración del lector es una cuota de sensatez, y escindirme de aquellos que con marcada e iracunda ironía, denominan a este luctuoso episodio como el "Holocuento" y los otros, los sionistas, que tomaron como veraz una caprichosa mentira y la multiplicaron, que implementaron dicha afirmación, al solo efecto de obtener por parte del concierto de las naciones la legitimación de una victimización étnica con los consiguientes beneficios financieros y políticos de los que han abusado hasta el hartazgo.

Comenzando con la inocultable circunstancia que cada ciudadano de la ex República Federal, antes y después de la caída del Muro de Berlín, tuvo, tiene y tendrá una condena pecuniaria vitalicia que lo tiene sometido a un descuento compulsivo de su sueldo, para ser destinado al erario del estado de Israel, como reparación histórica en relación a ese número incierto de muertes, infraccionadas por los sucesivos líderes de Tel Aviv, desde la fundación de su Estado.

El análisis del problema hebreo sería largo y tedioso de examinar en esta vista, por la complejidad de sus múltiples matices que se remontan a los tiempos de Ramsés II y Nabu-

codonosor, y los daré aquí por reproducidos.

Pero esta breve y apretada sinopsis tiene otro objetivo, que ha sido el de enumerar taxativamente y con una modalidad de extrema laxitud, las causas de la derrota del ejército alemán, que merced a una adecuada coordinación, ignoro si hubiera llevado finalmente a Alemania a alzarse con la victoria, pero que posiblemente hubiese extendido esa conflagración hasta los andariveles de un honroso armisticio, sin vencedores ni vencidos.

Toda vez que Alemania al menos lo mereció, si la atroz hipocresía flemática de otro pintor de acuarelas como Churchill no se hubiera antepuesto a los designios de la monarquía inglesa, adosada a la mayoría de la clase dirigente de las Islas Británicas, que mucho dudaban acerca de un enfrentamiento con el Tercer Reich, a quien, hasta los tiempos de Neville Chamberlain, no consideraban, ni por mucho, como un auténtico enemigo del pueblo inglés, lo que era totalmente cierto.

Esto es a tal punto verídico que el líder derechista Edward Mosley instituyó un movimiento estrictamente británico y muy popular, que se presentaba ante la sociedad londinense como el estandarte de los refractarios

a un enfrentamiento con los alemanes.

No he sido biógrafo del obeso y beodo Winston, pero luego de analizar su extensa y azarosa vida, he arribado a una, admito, muy discutible deducción.

Cuando revestía como el más joven Primer Lord del Almirantazgo en 1915, en el mediodía de la Primera Guerra Mundial, tuvo que enfrentar ante sus superiores la pérdida de 250 mil australianos y neozelandeses en Galipoli.

Siendo su mayor oprobio fue que un general del Káiser, Otto Liman Von Sanders, haya sido quien dirigió a los muy disciplinados otomanos que desde los promontorios de esos escarpados riscos expulsaron a los invasores anglos de vuelta al mar.

Un Churchill avergonzado, sobre todo ante sus superiores en la Hermandad de la Logia, tuvo que dimitir de inmediato a tan prestigiado rango naval, pero no se desarropó con igual ductilidad de su visceral odio a todo lo que fuera de naturaleza alemana.

Esa vanidad herida lo impulsó a utilizar todas sus influencias para declararle la guerra al Reich inmediatamente después de la invasión germana a Polonia.

La estupidez de sus amigos franceses hizo posible que se tragaran el sapo que su verdadero oponente ideológico era el nacionalsocialismo y no el marxismo, cuanto más, si ponemos bajo examen que ambos ocuparon al mismo tiempo la totalidad del territorio polaco, el primero por el sur y el segundo por el este, y siendo incluso más atendible el caso alemán, ya que su invasión tenía como propósito recuperar el Corredor del Danzig, cuya población era netamente germánica y que inveteradamente había sido su suelo hasta la derrota de los Imperios Centrales en 1918.

A la luz de la serenidad de una historia sin banderas políticas de especie alguna, no creo desatinado afirmar que Winston Churchill fue el principal ideólogo y artífice de la expansión stalinista de la segunda mitad del siglo XX, con la inestimable ayuda de todo el pueril consorcio de las naciones aliadas.

Y va de suyo que de la descristianización de la Europa oriental también.

Hitler, mucho antes de ese endiablamiento del Primer Ministro británico, había afirmado que era el estandarte y protector del occidente cristiano.

Su juvenil devoción por el legendario

Parsifall, la afanosa búsqueda del Santo Grial que le encomendó a Himler, y su solicitud de tomar contacto con la muy venerada Lanza del Destino cuando conquistó Viena en 1939, a la que con la más absoluta de las solemnidades observó en absoluto silencio dentro de una pequeña habitación durante cuatro largas horas, me exime de mayores comentarios acerca de sus inclinaciones hacia el catolicismo, que gobernó su oscura y triste infancia.

Pio XII le creyó, y subrepticiamente se convirtió en uno de sus seguidores, ya que le sobraba sabiduría para advertir que un triunfo del nazismo conllevaría al fortalecimiento del cristianismo y, por ende, el sepulcro del marxismo-leninismo.

También lo hizo el Cardenal Primado alemán de esa época, Monseñor Haulfaber, quien, según nos lo relata Erich Machaud en 1936 y luego de una audiencia de más de tres horas, les dijo a los cientos de periodistas internacionales que lo aguardaban agolpados en los jardines de la Cancillería del Reich: "El señor Canciller vive, sin ninguna duda, en la fe de Dios y reconoce en el cristianismo el fundamento de la cultura occidental".

Hitler fue demonizado deliberadamente por su desprecio a la Masonería, entonces

patrimonio exclusivo anglo-francés, al que se unió seguidamente uno aún más poderoso, como el estadounidense, que en 1954 se conocería como el Club Bilderberg, en su máximo exponencial.

Ese, por sobre cualquier otro, fue su verdadero Némesis y ulterior verdugo. Se había enfrentado al Walhalla de los supremos poderes: el de los banqueros y la prensa asociada que, curiosamente, estuvieron y estarán siempre bajo las sombras de mentores y patrocinadores judíos.

Aunque suene demasiado subversivo afirmarlo, el nazismo fue, a todas luces, la última cruzada contra el capitalismo al desnudo, tan tóxico como impío. Y hasta cierto punto, Hitler fue como Bonaparte reseñó a Robespierre: la víctima propiciatoria.

He relatado las causales primigenias, al menos para mí, concluyentes, de la derrota alemana, que a diferencia de todas las anteriores en una y otra frontera, morigeraba y aglutinaba las desmedidas ambiciones del capital con el premio al esfuerzo del trabajo y el bienestar colectivo, conjugándolas en una perfecta armonía.

De todas las formas de gobierno que co-

nocemos, el nacionalsocialismo, si es abordado en un sentido lato y desprovisto de esas pamplinas folklóricas de la superioridad de la raza aria con la que fue desdibujado y ridiculizado, no ha tenido rivales ideológicos, porque fue el precipitado perfecto para erigir una sociedad equilibrada que conculcaba el límite de las ambiciones del individuo, con la regulación de un Estado autoritario que protegía a su pueblo del impulso desmedido e individualista del hombre.

Los años y las décadas han transcurrido, pero en ese paso del tiempo, nadie, salvo los eunucos defensores de un marxismo, que aquilatado con su estrepitoso fracaso, puso al desnudo que la supresión de las conquistas personales son para el ser humano, antinaturales y están divorciadas de sus principios gregarios.

Por ello los enemigos de Hitler representaban precisamente el reverso de la moneda.

Los Aliados, porque las conquistas sociales que proveía el Reich a su clase trabajadora, por entonces, atentaban en directo perjuicio a la plusvalía que los empresarios occidentales férreamente mantenían con sus operarios, y Stalin con sus siervos, porque el progreso del individuo retaceaba peligrosamente un feu-

dalismo muy conveniente para el Politburó, que era una selecta minoría aristocrática.

Si bien todas las contiendas, desde el comienzo de los tiempos, tuvieron su cénit en un principio de extensión territorial, por elementales razones alimentarias, la Segunda Guerra Mundial fue, por así decirlo, un enfrentamiento por la supremacía de una forma de vida.

El nazismo opacó sus cristianos y auspiciosos principios, porque el Führer no tuvo opciones alternativas para suplantar el pangermanismo que fue la yesca con la que cautivó los anhelos de las multitudes.

Y porque se constituyó en el abanderado de la reivindicación contra el inaceptable Tratado de Versalles.

Su ascenso al poder, que no estuvo exento de grandes dificultades, era a todas luces una trascendente necesidad, ya que fue el impostergable antígeno del peligroso crecimiento del Partido Comunista alemán que le disputaba enseñas muy similares, pero que pergeñaba anexarse como una más de las Repúblicas Populares dependientes de Moscú.

Hitler no fue ni más ni menos que el previsible epifenómeno de un *status quo* que

mantenía a una Alemania famélica, prisionera de una inflación alejada de toda proporción y desgarrada por un caprichoso armisticio, cuando las tropas de su emperador estaban acantonadas a menos de 50 kilómetros de París.

UNA VIÑETA

Irónicamente, al igual que Alejandro que no era griego, sino macedónico; Napoleón que no era francés, sino corso; y Stalin que tampoco era ruso, sino natural de las estepas de Georgia, el Fürher era austríaco, y accedió a su condición de ciudadano alemán, casi a punto de revestir el cargo de Canciller.

Ese detalle que en apariencia es intrascendente, en realidad no lo es, porque nos exhibe la pasión incontrolable de un germano que acudió en auxilio de su Madre Patria ante la vacancia de sus congéneres, incapacitados para levantar de la desolación a un temible imperio.

Y a ello considero ético sumar otro aspecto, también desdibujado, sobre su personalidad ascética.

Luego de la rendición, se indagó acerca de las fortunas de los jerarcas del partido y

las toneladas de oro que hurtaron al pueblo alemán. Volveré sobre el tema de oro en unos instantes, pero deseo enfatizar sobre el revisionismo pesquisado de los familiares de Hitler, a la sazón, beneficiarios de su incalculable patrimonio.

De dicha indagatoria se pudo dilucidar que su única hermana, de nombre Herta, vivió después de la contienda gracias a los beneficios de la Seguridad Social con una pensión mínima en un humilde departamento en las cercanías de su pueblo natal.

Poco antes de su deceso, un veterano estadounidense grabó una entrevista con la anciana en su modesta vivienda, y sobre el fin de la misma, la consabida pregunta sobre su hermano.

Con mucha presencia de ánimo, la viejecita le contestó que cuando Bonaparte abdicó, todo el pueblo de Francia lo odiaba, pero luego de 50 años y después de ello, fue considerado un héroe nacional.

¿Quién le puede asegurar a usted que no sucederá lo mismo con mi hermano?, con lo que inauguró un profundo acertijo para toda la humanidad, que sólo el transcurso del tiempo podrá develarnos.

Pero no solo Hitler desdeñó todo aspecto crematístico en sus frugales y monásticas costumbres. La mayoría de sus estrechos colaboradores lo siguieron en ese desprendimiento, a excepción de Goering y Bormann, dos tunantes que fueron una vergüenza para sus camaradas y para la funesta suerte del Reich.

Otra monstruosa mentira ha gobernado a la opinión pública mundial sobre este tema desde entonces.

La verdad cruda de los hechos, es que a mediados de junio de 1944 y adentrado en tierra firme el desembarco en Normandía, el entonces Presidente del Reich Bank, Dr. Walhter Kunz, le sugirió al Canciller que las existencias de ese metal precioso, que sumaban aproximadamente 3.700 toneladas, podrían ser capturadas por los Aliados cuando arribasen a Berlín.

El Canciller se tomó unos días para responderle a su banquero de confianza, y de pronto, como un Júpiter tonante, advirtiendo que la suerte de la guerra estaba perdida, aceptó una propuesta de otro miembro de su círculo áulico que era el Ministro de Armamentos, Albert Speer, quien le delineó un plan perfecto de concebir y ejecutar.

Así fue que, aprovechando los nutridos contactos con la banca suiza, y tomando especial consideración que los camiones de la

Cruz Roja Internacional -con sede en Suiza- entraban y salían de Alemania libremente para inspeccionar los *Stalags* en los que se concentraban más de 2 millones de prisioneros de guerra, mayoritariamente soviéticos capturados en el Frente Oriental, 40 de esos vehículos fueron afectados en una caravana circular de ida y vuelta.

Así lograron sacar esos valiosos activos a territorio neutral por el paso Constanza, siendo remitidos a través de Kreuzlingen hasta los sótanos de los castillos de Heidegg, Schauensee, Spiez Thun, Wimmis, Porrentruy, Chillon, Murten y Museggmauer, permaneciendo allí hasta que Konrad Adenauer, Canciller de Alemania Federal, solicitó su reintegro en 1962.

El cometido se cumplió a fines de noviembre de 1944, en coincidencia con esa especie de Canto del Cisne que fue la contraofensiva de las Ardenas, en lo que se conoció como la Batalla de la Bolsa.

Dicha ruta de escape de los cargamentos auríferos se la relató el propio Speer a un tío muy querido para mí, -el Consejero Mario Blanco- quien accedió a él en su condición de Encargado de Negocios de la Embajada Argentina en Alemania Oriental en la casa del

ex Ministro, en Heidelberg en la primavera de 1975.

La propaganda enemiga que lanzó la burda noticia de grandes cantidades de oro que fueron encontradas en las cavernas de la mina Nordhausen y la velada sugerencia que el resto reposaba en las profundidades de lago Toplitz y otros tributarios en el resto de Austria, fueron como el resto, meros libretos engañosos para los estudios cinematográficos de California.

Ese oro no era un botín de guerra extraído *contra legem* a los judíos en cautiverio, como se ha reiterado caprichosamente hasta el cansancio, sino el producto de las reservas estratégicas, silenciosamente acuñadas, mucho antes de 1914.

Y se expatrió a suelo suizo, porque el Führer, a diferencia de lo que muchos mentirosos le atribuyeron acerca de su marcado desinterés sobre el futuro de una Alemania vencida, en la inminencia tomó las debidas precauciones para su recuperación de la post guerra.

Y esa tenencia era sumamente lícita, porque su posesión se remontaba a la Batalla de Sedan y a la indemnización que Napoleón III

tuvo que desembolsar como precio de la derrota a Bismark.

Cierto es que los Aliados encontraron, en algunas minas de Silesia, enormes bolsones de papel moneda, como libras esterlinas y dólares falsos que se habían emitido para sabotear las finanzas británicas.

Pero sólo eso y algunos cientos de obras de arte, requisadas de colecciones privadas de los países ocupados, fue el gran cuento del oro nazi.

Es posible que Otto Skorzeny, próspero anticuario en España y algunos otros bribones de la SS, tomaran algo para sí luego de la rendición, pero ni por mucho, ni él ni sus ocasionales cómplices, fueron los depositarios de la legítima propiedad de esas reservas exportadas convenientemente antes del final, sino tan sólo de algunos restos de un desorganizado desastre.

Hasta aquí, la sucinta y somera descripción de un conjunto de hechos, que en una solución de su continuidad, se erigieron en la arquitectura de un dilema que tal vez podamos dilucidar junto a un atento lector menos subjetivo que este autor.

Cuando las puertas de horror se abrieron

de par en par, la Alemania de 1939 no estaba tan preparada para una aventura bélica de tamañas proporciones como a la que se lanzó sin paracaídas.

Creo que un simple ejemplo habrá de bastar para escenificar esa deducción.

Cuando la Operación Barbarroja se precipitó de una manera tan desorganizada e improvisada, como un astuto y artero enemigo como Josef Stalin podía esperar, se hizo en toda Germania una leva de 400 mil equinos para arrastrar piezas de artillería y suministros para un Sexto Ejército de 3 millones de combatientes.

El adelantamiento del estepario e inclemente invierno ruso y las dificultades emergentes con los lodazales que tornaron intransitable el camino de las tropas, hicieron factible que esa inmensa caballada sirviese de sustento cárnico para los desarropados y congelados efectivos de las Wehrmacht.

Es apenas un ejemplo de la superposición de los principios medievales de Hitler sobre las directrices modernas de una guerra esencialmente mecánica.

Pero hubo otros más esenciales, como la falta del auto abastecimiento petrolero que

debieron suplir desde las alejadas refinerías rumanas de Ploiesti, las que sufrieron incesantes bombardeos Aliados desde 1942 hasta que a principios de 1944 quedaron inoperables hasta la rendición.

Pero no es menos cierto que los alemanes exhibieron a toda la comunidad internacional de lo que es capaz el genio humano frente a las constantes adversidades provocadas por los elementos y por un despiadado enemigo, con el aditamento que la prospectiva tecnológica durante los conflictos son más raudos y audaces que en los tiempos de paz, por dos inexorables motivos.

El primero está centrado en la velocidad que se exige para adelantarse al adversario. Y el segundo, porque la tecnología en tiempos bélicos, carece de costos directos y ponderativos, pues tan sólo se requiere de posibilidades fácticas.

Los estadounidenses destinaron más de 2 mil millones de dólares de aquella época –unos 200 mil millones de la actualidad- para el desarrollo del Proyecto Manhattan a principios de 1942.

Sin embargo, cuando unos meses después Franklin Roosevelt fue informado que su adversario había reequipado la planta de agua pesada Vemork en las montañas noruegas, le comentó a su Jefe de Estado Mayor Edward Marshall, con gran consternación, durante un receso en la Conferencia de Casablanca: "Debemos admitir que los alemanes, con menos hombres y recursos, nos harán perder en un año, 100 mil hombres y si nos descuidamos, tal vez la guerra".

Estuvo cerca en sus apreciaciones el presidente estadounidense, porque el Mariscal Kesselring y su Decimo Ejército tornarían en utópica una arrolladora captura del territorio italiano, ya que tan sólo en la línea Gustav, antes de cederla, les ocasionó más de 90 mil bajas.

Y en lo concerniente a la fisión nuclear alemana también, ya que estuvo resuelta pro-

mediando junio de 1944.

Las exitosas pruebas preliminares en los laboratorios de Peenemünde debieron ser interrumpidas cuando los Aliados descargaron 2 mil toneladas de bombas fosforadas sobre las rampas de lanzamiento de las bombas voladoras V2.

Sin embargo, un acertijo de claroscuros nos ensombrece y priva de una respuesta a las demoras en perfeccionar los vectores de la Bomba New York, que llevaría en sus entrañas un cargamento nuclear de 2 toneladas de peso específico, más avanzado que el estadounidense, ya que no era necesario lanzarla desde un avión, como se hizo en Hiroshima y Nagasaki, sino merced a un simple cohete teledirigido.

Según los elocuentes e invaluables testimonios de mis confidentes, algunos de los cuales, a pesar de sus cortas edades, fueron destacados como simples camareros en el cuartel general en Rastenburg en 1944, me han aportado la data necesaria para confirmar una vieja sospecha.

Temprano en la mañana del 7 de agosto de ese año, aterrizaron dos aviones en las pistas camufladas en los bosques próximos a

ese cuartel general, y de los aparatos descendieron una veintena de personas, algunas de uniforme y otras de civil, portando enormes portafolios y rollos de documentos.

Fueron alojados de inmediato en las distintas casas de huéspedes, confortablemente amobladas.

Después de almuerzo, Hitler ordenó que, salvo el General Jodl, nadie más participaría de una reunión con los recién llegados, exceptuando, irónicamente, a estos jovencitos apostados dentro del mismísimo cuarto de mapas para servir refrigerios a los invitados.

Luego de un rato, estos muchachitos escucharon un hasta entonces desconocido nombre: *Wunderwaffe,* y uno de ellos, más despierto que el resto, anotó algunos nombres de los concurrentes: Kurt Diebner, Paul Harteck, Carl Von Weizsäcker y Werner Heisenberg.

Según recuerdan dos de mis relatores, el último de los nombrados, de voz grave, fue en esa fecha, el más escuchado por el Canciller, al parecer por contar de mayor predicamento que sus colegas.

Y conforme creen haber escuchado, el portavoz del grupo hablaba de un rotundo éxito de ciertas pruebas preliminares que los

técnicos del Instituto Káiser Wilhelm habían llevado adelante en Turingia, y otras más específicas en una pequeña isla del Báltico, cuyo exacto nombre ninguno de estos accidentales y privilegiados testigos pudo recordar.

Pero lo que todos recuerdan bien es que ese preciso atardecer, Hitler se quedó por horas observando una especie de radiografía del interior de una bomba y un gran mapa con un curso de trayectoria y un alfiler insertado en la ciudad neoyorquina, cuestiones de la que estos niños nada entendían.

El relato, empero, me induce a deducir que lo que el propio Führer tenía frente a sus ojos eran los planos del prototipo y el plan de vuelo en progreso de la bomba termonuclear alemana, cuanto más, tomando en consideración que su denominación técnica concuerda con lo que muchos años después fue ratificado en tal sentido.

Y además, porque ese plan se lo había revelado dos meses antes al propio Rommel la última vez que se vieron, en la Fortaleza de Soissons al norte de París el 17 de junio de 1944, según la biografía que sobre el Zorro del Desierto redactó Desmond Young pocos años después de ese encuentro.

Es muy probable que las tribulaciones de un Hitler mentalmente abatido y perturbado por el reciente atentado del que había sido objeto, lo hicieran recapacitar respecto de las devastadoras pérdidas humanas civiles que podría conllevar esa aventura en progreso.

Porque pese a su creciente insomnio, Parkinson, las gotas de cocaína que le suministraban a sus retinas para lograr conciliar el sueño y una entendible amargura por la cadena ininterrumpida de partes de pérdidas de batallas en ambos frentes, poseía ciertos límites a sus ambiciones en franco retroceso.

Por la inexorabilidad de un revés que no podría eludir, por su gigantesca inferioridad de condiciones respecto de sus adversarios, y consciente que los estadounidenses tenían un avance tecnológico atómico muy similar, dedujo que la respuesta Aliada sería tan contundente como la inesperada sorpresa que él les tenía preparada.

En otras palabras, el monstruo y Anticristo con que los Aliados han alimentado las mentes de dos generaciones completas de toda la Humanidad, no lo fue ni mínimamente, en la medida que lo ha pincelado y reseñado la prensa pro hebrea con epicentro en los Estados Unidos.

De ello se trata esta humilde contribución, de poner al desnudo la luz sobre las tinieblas de la presunta alevosía en los mitos de la crueldad y deshumanización sin límites de los alemanes.

La Alemania hitleriana fue, por decir lo menos, víctima de ese viejo y amañado adagio que la única versión legítima es la del triunfador. y quizás el Führer sólo anhelaba ser el espejo y nuevo editor de esa Alemania triunfal y wagneriana del pasado, de la que conquistó Roma y dominó a la Europa feudal durante mil años.

Acaso ese respaldo de las hazañas de sus antepasados lo impulsaron a profetizar algo similar a sus compatriotas.

Y a estas alturas puedo afirmar, sin que el teclado me tiemble, que estuvo muy cerca de llevar su propuesta al podio de los vencedores.

A pesar del resto ya preindicado, me animaría a esbozar que si bien los ya puntualizados delinearon la silueta y la anatomía de una derrota segura, se podría ejercer un principio reduccionista y limitar a sólo un severo yerro, la causa liminar de la pérdida de la guerra.

Los clavistas de la Luftwaffe que habían decodificado la clave rusa para enero de 1940, descifraron un fortuito cable que Stalin envió desde su dacha a la residencia veraniega de Molotov, cerca de Crimea.

En el texto se leía que "luego de la rúbrica del Pacto Antikomintern sólo nos resta aguardar que fascistas y Aliados se despedacen entre ellos, para que luego podamos tomar a toda Europa por el cuello."

Goering hizo interceptar el mensaje y capciosamente lo retuvo. Por esos días, el Canciller meditaba sobre la viabilidad de su Teoría del Espacio Vital con la que había ensordecido a sus masas.

Su decepción sobre Mussolini como táctico y la desbordante ineptitud de la tropa italiana era otra de sus cavilaciones, y estaba por colegir que una expansión hacia el este, si bien no era comparativa a la legendaria Carga de la Brigada Ligera, pudiera resultar en una profunda incertidumbre militar.

Cuando finalmente el obeso Mariscal del

Aire le exhibió la exteriorización de la mente satánica de un Stalin al descubierto, encolerizó por semanas, ya que interpretó que la firma del Tratado de no Agresión que encomendó a Von Ribbentrop había resultado una charada, un formidable engaño.

Con un temperamento irascible que casi siempre traicionaba sus emociones y exultante, se propuso sorprender a los soviéticos y demostrarles que era capaz de abrir dos frentes, como en la Gran Guerra.

Sin sacar provecho de sus nuevos adeptos ucranianos, tan absurdamente como el más bisoño pueda imaginar, ordenó destinar 47 divisiones para cazar a su otrora socio en su propia morada moscovita.

No tomó ninguna nota de lo que sus generales de confianza, como Guderian y Paulus, y el Mariscal Von Manstein, le advirtieron acerca de un expansionismo en un territorio tan extenso y carente de una prudente retaguardia.

Tampoco tomó en consideración la historia de un tren blindado que atiborrado de lingotes de oro, el Káiser había despachado a Lenin para que formase un frente interno y forzar a su primo, el Zar, a una capitula-

ción; ni del millón de alemanes y 2,5 millones de austríacos muertos en combate en ese inhóspito territorio dos décadas antes; y mucho menos aún al Gran Corso y su arribo a un Moscú despoblado y sin alimentos.

He considerado y meditado en mis últimos 30 años sobre la creación del Frente Oriental y sus consecuencias, y no he dado con una formulación plausible, aunque fuese de naturaleza doméstica.

Creo que a los efectos de no desprenderme de la objetividad que todo escritor le adeuda a sus lectores, no le encuentro respuesta al por qué nadie de su entorno planeó su asesinato cuando le otorgó vía expedita a su demencial aventura en contra de la URSS.

El fracaso de la Operación Valquiria fue intrascendente porque para entonces todo se reducía a un enorme caos.

Pero en 1941 el teatro de operaciones era muy auspicioso.

El Canciller ya tenía bajo su comando a Checoeslovaquia, Polonia, Austria, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Francia, Grecia, Yugoeslavia y estrechas alianzas con Finlandia, Bulgaria, Hungría, Rumania y Albania, que le permanecieron leales hasta cerca

del cese de las hostilidades.

Con un Hitler fuera de escena, un Eje victorioso hubiese fijado las condiciones que le hubieran venido en ganas.

Pero bajo esta estructura de incomprensiones arriba señaladas, emerge la oportunidad de coincidir con Carlyle, quien con gran celebridad, nos ha enseñado que a la historia la han traccionado las grandes individualidades.

Aunque debo de confesar que revisando esa misma cronología de las epopeyas de nuestro pasado, he hurgado en ellas y ni siquiera una sola se asemeja a la hitleriana.

Ningún rey o emperador, como los persas o los cartagineses en sus encrucijadas contra griegos y romanos, fueron tan desatinados en desdeñar los beneficios de una victoria ya lograda.

Al propio Alejandro lo sorprendió su temprana muerte, cuando según sus últimas palabras, ya no tenía más territorios que conquistar.

La Magna Grecia y Egipto fueron víctimas de la implacabilidad de la bota romana, contra la que nada pudieron hacer.

La propia Roma, corrompida por su riqueza y prisionera de sus mercenarios, cayó por la impudicia de su dirigencia.

Pero el empecinamiento de Hitler con una Rusia indómita que nunca jamás había conocido la derrota, será por cierto, el más grande de los enigmas no resueltos.

Pero a estas alturas del relato, haré una pausa y les contaré acerca del Hitler de los comienzos.

EL OTRO FÜHRER

Para que el lector pueda hilvanar su propia hipótesis sobre la leyenda de un singular hombre, he de conceptualizar lo que el genial Fernando Pessoa describía como la geometría del alma, extrapolándola hacia las sombrías tribulaciones de este extraño personaje.

Y apoyado en ello, tomaré un año en particular: 1909, y un oscuro y lúgubre asentamiento: el número 27 de Mandelman Strasse. En uno de los más sórdidos suburbios de Viena, un infecto tugurio en el que un reprobado alumno de la Academia de Artes compartía su miserable existencia con otros humanoides, como lo plasmara en *Mi Lucha*.

Taciturnos filósofos, carteristas, borrachos sin redención, aristócratas pobres de solemnidad, profesores chiflados y demás fracasados de toda especie, para mitigar su hambruna y adversidad de esporádicas ingestas, reparte su tiempo en masticar su fracaso y ejercer de ocasional maletero en la terminal ferroviaria de la capital austríaca.

Se incorpora puntualmente cada día de sus desvelos para recibir un potaje, con suerte

tibio, como el resto de sus compatriotas desempleados.

Con su universo desastrado, durante más de 18 meses no puede adquirir algo para vestirse, a excepción de un ridículo chaquetón que le entrega un ropavejero judío, a cambio de unos bocetos publicitarios con el nombre de ese buhonero.

Duerme en un viejo y anticuado jergón, más apropiado para un faquir que para el resto de los mortales.

A los 20 años, por momentos se siente un anciano eremita; medita acerca de su mala estrella y concibe incluso la liberación del suicidio.

Pero esa cadena sinuosa de amarguras terminará por forjar un temperamento a prueba de cualquier inclemencia.

Al estallar la guerra, este paniaguado y frustrado artista se alista como voluntario en el 16º Regimiento de Infantería de Baviera y busca refugio en la milicia que modificará y sustentará su modo de ver cosas y personas.

Abastece su olvidado estómago, pero se alimenta de algo más profundo aunque virtual a los ojos ajenos.

Despierta dentro de su ser un apasionado e inédito patriotismo, pero también inicia un medular análisis sobre la entraña militar, y se siente parte integrante de sus cuadros, cuando en agosto de 1917, procede solitariamente a la toma de 12 prisioneros franceses, luego de la Batalla de Chemin des Dames y es condecorado con un Cruz de Hierro de Primera Clase, de la que jamás se desprendería hasta su muerte; sería su estandarte.

Pero en el interior de los estrechos cubículos en las hediondas trincheras, comenzaría a escudriñar ese impulso sensorial antisemita entre sus compañeros arios, que serían el caleidoscopio de su turbado espíritu con el que le tomaría la temperatura a toda la población de habla germánica.

Esencialmente, su genialidad estribó en captar con exactitud el aglutinante pertinente que yacía en las entrañas de una ancestral e inveterada cultura que estuvo demasiado fresca en esa mentalidad colectiva, ya que después de Versalles una población sofocada por las deudas era la muda e inconexa espectadora de la prosperidad judía que merced a sus habilidades financieras, aumentaba sus activos en desmedro de las grandes mayorías católico-protestantes.

El otro ingrediente motivador de ese particular apart head tuvo una naturaleza más política y por ende más extensiva y flameante.

La abdicación del Káiser en plena anarquía de una inesperada derrota, hizo el caldo de cultivo para que el marxismo, de la mano de Rosa de Luxemburgo y sus espartaquistas, se alistara para la toma del poder.

Al provenir esta mujer de una acaudalada familia hebrea, ese sello impregnó más aun el desprecio que los cananitas despertaron en la sociedad germana de esa primera post guerra.

En medio de esa sensación generalizada de desprecio por los judíos, que acendraba su afición al ejercicio de la usura, con una anatomía de intoxicante lubricidad, el Hitler de la rendición comienza el ejercicio de inusitadas prácticas; conoce el yoga que le sugiere un vecino para atemperar sus nervios, y también el budismo, pero cae subyugado frente al ocultismo de las sociedades esotéricas, fértiles para su particular biotipo de alógeno por nacimiento.

Lo cual confirma cuando recuerda que temeroso, a sus nueve años, ingresó por vez primera al viejo Monasterio Benedictino de

Lambach, en las riberas del Traun, y como un educando precoz, observa las imágenes bizantinas de la crucifixión de Nuestro Señor, pero detiene su mirada con gran asombro sobre unos símbolos retorcidos y gamados.

No entiende adecuadamente su significado y solicita una audiencia con el Superior de la Orden, el Padre Becker, quien casualmente se encontraba en el atrio de la capilla.

Este le explica que se denominan svásticas y que son una suerte de cruces giratorias que siguen la luminosidad y que en tiempos de los druidas y de los celtas, representaban la creación universal, la vida y el fuego, y que son una sinonimia de todas las que gobiernan al sol y a las fuerzas superiores.

No olvidaría jamás las enseñanzas de ese prior y decide que con una de esas cruces gamadas y rúnicas refundará una nueva versión del cristianismo alemán, sin Lutero ni la dependencia hacia el Pontificado romano.

Lee con gran detenimiento a Helena Blavatsky y su *Isis sin velo*, llega a creer que esa obra fue escrita exclusivamente para él.

Pero también se alimenta de las melodías de Wagner y de la pluma de Goethe.

Del primero tomará al guerrero Wotan y su cabalgata sobre el Dragón de Sigfrido, y en su homenaje, denominará con el mismo nombre a la línea defensiva del Rhin.

Del segundo, abrevará en sus notas preliminares de las Elegías Romanas, particularmente la coronación del emperador Claudio, sucesor de Calígula, el primer Anticristo.

Presta inusitada atención a la anécdota que toda la Guardia Pretoriana estaba integrada exclusivamente por cohortes germánicas, y que cuando lo proclaman por detrás del trono lo ungen con el nombre de Káiser, que era la primitiva traducción alemana de César, pero lo que lo seduce particularmente de ese genial poeta es su Fausto.

Con esa inclinación pro católica, rayana en el fanatismo, decide hacerse con el alma del personaje que se había propuesto engañar al maligno.

Finalmente, pletórico de esos amuletos, mientras pasa sus amargadas tardes en el Café Geisteg, interpreta que debe iniciarse en el terreno político. Se inclina por un pequeño Partido de los Trabajadores Alemanes, fundado por un tal Antón Drexler, tan minúsculo en su diminuta magnitud que recibe su fi-

cha de afiliación con el número 7.

Cuando hace su debut oratorio en una desvencijada cervecería, extrae de sus ropas un pequeño y poco ambicioso discurso.

Lee apenas dos párrafos, pero advierte que los parroquianos no le prestan ninguna atención.

Algunos se limitaban a beber copiosamente, otros a leer el periódico y la mayoría entre que bostezaban y dormitaban.

De repente, y para estupor de la concurrencia, pega un ensordecedor golpe al atril que tenía de apoyo y vocifera: "Esta es la enemiga de Alemania, su brutal indiferencia". Todos se despabilaron al unísono.

Hitler se sorprende de su primer y minimizado golpe maestro, advierte que a la masa hay que ladrarle, no hablarle.

Sería su última advertencia, porque a partir de ese acto bautismal rodeado de humareda, nadie osaría no escucharlo detenidamente al principio y fanáticamente después.

Mientras tanto, la pequeña asociación política de la que es adherente crece exponencialmente y, no sin razón, se auto atribuye a su exclusivo mérito esa multiplicación.

Seguro de sí mismo, obliga a su mentor a deponer el cargo en su favor, lo que consigue sin ningún esfuerzo.

Para agosto de 1922 su partido tiene 70 mil afiliados; para 1933 serán 14 millones.

Nada mal para una asociación cuyo fundador había sido un humilde cerrajero.

Se yergue entonces como el tribuno de la plebe, y comienza a perfeccionar su nueva ideología, consistente en fundir el nacionalismo con el socialismo, por lo que rebautiza a su agrupación como el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores. Serían los umbrales del nazismo.

Pero algunos envidian esa meteórica ascensión.

Entre ellos, uno de sus más estrechos camaradas Otto Strasser.

Una carta a su cuñado lo atestigua:

Hitler ha sabido crear a su homónimo. En reposo, este sigue en cierto modo oculto en su propio interior. En los momentos de exaltación se libera y cubre al otro con su máscara.

De proporciones sobrehumanas, este desdoblamiento de la personalidad es lo que torna dificultoso establecer un juicio sobre su figura, pero

nos entrega los elementos necesarios para distinguir a un Hitler de un Führer.

El primero es el hijo de la soledad. El segundo es el primogénito de la multitud.

De todas formas su figura confiere esa fascinación que en un justo título parece incomprensible.

Sorpresivamente, todos los alemanes fuimos mudos testigos de una inusual metamorfosis entre un sujeto insignificante y un hombre cuya superioridad intrínseca tal vez nunca podamos dimensionar adecuadamente.

Para 1923 logra la adhesión a su grupo de un héroe nacional ultra católico, el general Ludendorff, y juntos, el 9 de noviembre de ese año, perpetran lo que después se popularizaría como el *putsch* de Múnich, un bautismo de fuego que termina en un estrepitoso fracaso.

Luego de unos días es apresado en casa de un amigo y es inmediatamente sometido a juicio junto al condecorado militar, quien se presenta de uniforme de gala y casco a enfrentar el proceso.

El Fiscal lee los graves cargos de insurrección, agravada por el uso de armas.

Cuando se le concede la palabra, a dife-

rencia de sus consortes, se declara como único culpable, y de un momento al siguiente, muta de acusado en acusador, pero lo hace con un compás, embriagado de una retórica nacionalista.

Comienza su parlamento alegando que se considera un prisionero del sistema, y que es un enviado celestial para librar a Alemania del carcinoma bolchevique.

Y al hacerlo como inyectado por una mística subcutánea, alza su mirada por encima de las cabezas de sus juzgadores.

Frente al estrado, según una de las versiones taquigráficas que tuve en mis manos, dice que el animal que más venera es el águila que desafía al sol, despliega las alas de la dominación, sorprende a la presa en el momento en que ésta ha dejado de temerle y simboliza el grado supremo de despegue de lo ascético a lo trascendente.

Su ampulosa cita electriza a todos sus oidores, incluyendo al propio general que, sorprendido, comienza a prodigarle un profundo respeto intelectual.

Un muy numeroso público asistente comienza a vitorearlo, y también se granjea la simpatía de los jueces.

El resultado, una ligera sentencia en la prisión de Landsberg de la que egresará en pocos meses, pero tomará su reclusión como un escritorio, y a su compañero de celda, Rudolf Hess, como camarlengo y dactilógrafo.

Lo utiliza por meses para redactar el que finalmente sería su testamento político, el *Mein Kampf,* del que se tipean varios borradores.

En algunos de ellos, le dicta a su improvisado edecán: *Es falso que el pueblo quiera naturalmente ser libre, para ello hace falta un enorme esfuerzo intelectual, con un valor digno de Hércules.*

El hombre más bien quiere obedecer, con mucha más razón en una época en que, completamente desorientado, por sobre todo, le teme a la responsabilidad. Por ello exige de sus líderes ser guiado.

Y dentro de lo publicado, consigna: *Solamente los intelectuales depravados pueden sentirse cómodos en medio de ese montón abyecto de falsedades e ineptitudes, o bien esa parte ingenua de la población siempre dispuesta a creer que son sabias y profundas las cosas que nunca termina por comprender.*

Cuando egresa del presidio le comenta a su improvisado asistente: *me siento como Dió-*

genes de Sinope que, con su lámpara, dedicó su vida a encontrar un hombre honesto.

Pero en paralelo, y alejado de sus Alpes natales, mira con cierta consternación que Berlín es un enorme cabaret y que las clases altas acuden, según sus dichos, a esos sótanos, verdaderos bolsones de podredumbre amoral, y denomina el espíritu de la capital de la nación como una enorme cloaca en el tiempo.

Les manifiesta a sus colaboradores inmediatos, en constante crecimiento, que si toma el poder, prohibirá las melodías norteamericanas como el *fox-trot* y enviará al exilio a los intelectuales de moda, en su mayoría notorios invertidos.

Apunta directamente a un disoluto Bertold Brecht que en *Mahogany* hace desfilar a afamadas prostitutas desnudas con carteles como *Viva el caos, la inmoralidad y la canalla.*

La prensa internacional comienza a interesarse por su destello, particularmente un británico, Lord Nechcliff -editor responsable del *Daily Mail*, un matutino muy popular que se expende por medio penique-, que a su vez trabaría una estrecha amistad con un mediocre vendedor de champagne que a instancias

del inglés sería nominado como embajador ante el Reino Unido: Joachim Von Ribbentrop, quien ya designado, luego de frecuentar asiduamente la Corte de Saint James, tejería un enorme nudo gordiano, engañando al Führer con un peligroso espejismo sobre la falsa capacidad de independencia de criterio de la monarquía sajona, y le facilita al corresponsal de ese medio en Alemania una misiva que poco antes le había despachado a su amigo Hermann Rausching:

He aprendido mucho del marxismo. Lo confieso sin ambages. Por cierto que no de su aburrida doctrina social y del materialismo dialéctico que es una trama de absurdos.

Pero estos métodos me han enseñado. Y me he propuesto desentrañar cuales fueron las dudas con que se iniciaron esos burócratas de Moscú, ya que en su matriz está la médula del nacionalsocialismo.

Arriba 1933 y Hitler, sin alcanzar la mayoría absoluta en el parlamento, se las ingenia para que Franz Von Papen, representante de los capitanes de la industria, convenza a un octogenario presidente Hindenburg que le entregue la Cancillería del Reich al ansioso austríaco.

La noche de la asunción, el Dr. Goebbels, infatigable seguidor del caudillo, hace desfilar a los simpatizantes nazis que pudo convocar frente a las oficinas presidenciales, todos portando antorchas individuales.

El anciano mandatario hace correr las cortinas de su despacho; al observar cientos de miles de teas y con una inequívoca muestra de senilidad, le dice a su secretario: *Nuestros muchachos marchan bien, han tomado muchos prisioneros.*

Ya como enfermo terminal, le solicita al Führer que lo visite. Cuando lo divisa, intenta incorporarse de su lecho y le dice: *Gracias por venir, Vuestra Majestad.*

Menos de un mes después partiría de este plano, con el funeral digno de un soberano en Tannenberg, cerca de donde el fallecido mariscal había aplastado a los ejércitos zaristas en 1914.

Hitler, una vez más, destacaba a los próceres con la gloria de la que eran acreedores.

Cuando toma conciencia que está solo al frente de todo y sin compartir nada, le comenta al Dr. Todt, su primer Ministro de Guerra: *de esta Cancillería nunca me sacaran con vida.*

Al mismo tiempo, recibe una carta del Káiser en el exilio.

El ex emperador le comunica su deseo que en caso de futuras hostilidades sus 6 nietos varones, todos imberbes pero valientes oficiales, sean designados en el primer frente.

El Canciller le contesta con gran amabilidad y le dice que tomará nota de ello; sin embargo, después del primer cañonazo, expresamente le ordena a su Jefe de Estado Mayor Kaitel, que ninguno de ellos fuera innecesariamente expuesto al fuego enemigo, otra indiscutida muestra que Hitler meditaba con gran esmero acerca de la continuidad de una futura línea sucesoria para después de su tiempo.

Los años pasan volando y van quedando atrás, además del calendario, sus enemigos directos.

El más famoso de todos, un ex capitán de las Wehrmacht, de rostro curtido por las cicatrices producto de su osadía en los campos de batalla en suelo francés.

Su nombre, Ernst Rohm, fundador de las Camisas Pardas.

Con una inclinación más socialista que

nacionalista, Hitler advierte a tiempo que este *gruppenfüher* representaba a la izquierda del Partido y se deshace de él y todos los otros cabecillas en 1935.

Se conocería como la Noche de los Cuchillos Largos.

Muy dentro de su ser lo que más repudiaba de su otrora Superior, era su condición de notorio afeminado.

En adelante, esa desviación sexual sería castigada con el fusilamiento mediante un proceso sumarísimo aplicado a civiles y militares por igual.

Nadie sabe a ciencia cierta las razones de la excepción que fue Heydrich, que sería el segundo de a bordo del mismísimo Himmler, y Protector de Bohemia y Moravia.

Con las manos libres y sin conjurados a la vista, se apresta para su mayor epopeya, a la que denomina como la Hidra de la Desocupación.

A finales de 1935 todavía le resta por ocupar a más de 4 millones de sus compatriotas. Emprende el más ambicioso proyecto de obra pública: ordenará que toda Alemania sea cruzada por autopistas que unirán a las capitales de cada uno de sus Estados.

Mitiga y sofoca así un creciente e irresoluto descontento popular.

Para 1939 la desocupación sería del 0% y se siente, con indudable razón, el poseedor de todas las cartas del mazo.

La popularidad le abona el sendero para otros lanzamientos.

Le promete al pueblo anexar todas las tierras habitadas por sus connacionales, recreando así, el viejo sueño de Bismark sobre una sola y distinguida Alemania.

En su ideario, incluye desde los sudestes checoeslovacos, toda Austria, la porción polaca alemana y el rescate de los olvidados alemanes del Volga, que emigraron compulsivamente en los tiempos de Catalina la Grande.

Chamberlain y Reynaud prácticamente le hacen la venia en la Conferencia de Múnich de 1938, pero tibiamente le sugieren que Polonia, legendaria aliada de Francia, sería el límite.

En septiembre de ese exultante 1939, la invade sin aviso previo.

Sus divisiones Panzers, sin prisa, pero sin pausa, arriban al puerto de Danzig.

Una serie de documentales anteriores a la

ocupación exhiben a una Alemania desconcertada, los malos tratos y ultrajes de los que eran objeto sus habitantes por su idioma germano.

Una vez más, Hitler se ufana de sus iniciativas, respaldado por su accidental asociado, Stalin, sin tomar especial consideración del hecho que había dado inicio a una Segunda Guerra Mundial; usina crematoria para más de 50 millones de seres humanos, la que, empero, en esos momentos, era definida por la prensa internacional como la guerra boba.

Tan sorpresivo es su primer guantazo, que dicen que el condescendiente Primer Ministro británico, que fue notificado de la movida mientras estaba embarcado pescando truchas en un alejado lago de Escocia, enmudeció y no pudo articular ni una palabra por varios minutos.

A estas alturas, vuelvo a solicitarle al lector de su invaluable ayuda para decodificar el gran acertijo: ¿Cómo hubieran reaccionado los Aliados, si el único invasor del oeste polaco hubiese sido tan sólo el amenazante oso ruso?, ¿le hubiesen declarado la guerra a Stalin?

En verdad, aplicando en su estricto senti-

do las normas de las alianzas y los tratados, franceses e ingleses, de los que se valieron para declararle la guerra a Hitler, habrían quedado en evidencia y atrapados en una inusitada y compleja madeja de enredos.

Si debemos de sancionar históricamente la primera torpeza mayúscula de Hitler en la guerra que personalmente decidió comenzar, se tornaría muy difícil atribuirle otra que haya superado el apoderarse del este de Polonia.

Y para peor, menos de 2 años después, se desprendió de su estratega más brillante que era el Almirante Erich Raeder, quien oportunamente lo había aconsejado para que se abstuviese de una invasión a Inglaterra sin tener preparada un flota de superficie; que también era prematura una batalla aérea contra los británicos sin el apoyo logístico y conjunto de la Armada y el Ejército.

Y fue este notable marino quien también le sugirió que el problema judío debía resolverse con la traslado de toda esa gente, que no superaban los 2 millones en Europa, exceptuada Rusia, a la isla de Madagascar, en vez de amontonarlos en los campos de concentración.

Y por último, también fue desoído por el Führer cuando prácticamente le imploró que con los Aliados encima, luego del episodio polaco, no diera inicio a la apertura del Frente Ruso, y que en su lugar, ocupara Gibraltar para controlar todo el tráfico naval mediterráneo, e invadiera frontalmente el canal de Suez y los Dardanelos con sus Cuerpos Africanos para sorprender a los ingleses, que en esos momentos no tenían esas colonias lo suficientemente defendidas.

Su sordera a esos prudentes y admonitorios consejos la pagaría con la derrota cuando contaba con todos los elementos para una segura victoria, y más aún cuando para entonces, los estadounidenses aún no aparecían en el teatro de operaciones.

¿Exceso de confianza? Quizás, abonado por una errática visión de la realidad que su talento en las Ardenas lo habían investido como un indiscutible estratega, contra todos los pronósticos de sus subordinados.

Como sea, esos fueron los hechos, desprovistos de odios o empatías.

En 1939 estaba en condiciones más que suficientes para gobernar a una anticuada Europa, que era su propósito primigenio.

El Reino Unido no habría tenido más opciones que pactar un armisticio, porque con el bloqueo del petróleo del Medio Oriente y la clausura del mar Mediterráneo, su suerte estaba echada, pero seleccionó un camino acaso suicida, para conducir a sus ejércitos, naves y fuerza aérea.

Por ello he trazado someramente los gruesos rasgos de su indómita personalidad, pero también su extraño estoicismo.

Es allí donde se podría encontrar un delgado intersticio para conocer a este hombre singular que pudo haber dominado el occidente cristiano, del que se consideraba tutor.

Es posible que algunas de estas interrogantes no reveladas estén ligadas al tipo de gente que lo rodeaba en su tiempo.

Y oportuno es recordar que, salvo Goebbels y Speer, no tuvo a su lado ningún universitario.

Rosenberg era un lunático, repudiado por numerosos miembros del Partido porque muchos dudaban sobre su origen ario.

El resto era un conjunto uniforme de idiotas, cuyo mejor referente, Hermann Goering, un granuja de siete suelas que se limitó a justificar su inmerecido prestigio, al asentarse

sobre glorias pretéritas, cuando volaba en la escuadrilla de Manfred Von Richthofen.

Y que se dedicó a vivir del peculado y el pillaje personal, los que le facilitaron hacerse de una formidable pinacoteca proveniente de legales propietarios, en su mayoría franceses y bohemios.

Himmler, que tenía un oscuro pasado como apicultor e idóneo en farmacia, era un autómata; y Bormann, al que denominaba feo como el pecado, era, a todas luces, un rencoroso fracasado.

Con este elenco estable de eunucos, desestimó el asesoramiento de un gabinete de lujo, que fue sustituido por una marea de aduladores y ese intoxicante culto a la personalidad.

El supremo temor reverencial de Kaitel, desde el plano castrense, fue la directa causal por la que muchos disensos de sus generales quedaron en el tintero, impidiéndoles, por su alta disciplina, saltar abruptamente la natural cadena de mando.

Sus desaguisados debemos atribuírselos a los delirios insondables de su casi inescrutable personalidad.

Sobre el final en la madrugada del 30 de abril de 1945, el jefe de las defensas de Berlín, un general Weidling, se acercó hasta el bunker con un ambicioso plan.

Sesgado por un profundo escepticismo, Hitler lo recibió en la cocina y, malhumorado, escuchó al atribulado militar.

Su subordinado lo invitó a abordar un bimotor Junker que, con dificultades, había logrado aterrizar sobre la Avenida de los Tilos, adyacente a la Cancillería, para que después de decolar, lo transportara al Berghof y pudiera dirigir lo que restaba de la guerra desde los Alpes bávaros, y sobre todo para que se pusiera a salvo de los mongoles, que se habían apostado a menos de 5 km de su escondite.

Luego de esa breve alocución, Hitler lo miró fijamente a los ojos y, con un tono compasivo, antes de ordenarle que regresara a su puesto de comando, le reiteró una célebre frase de su nutrido repertorio: "Mi amor es para Alemania, mi odio para sus enemigos, y mi muerte, un simple acto de servicio".

Era el Führer químicamente puro, abrazado a sus principios hasta el último minuto.

Esa misma tarde, habiendo decidido que

todo había concluido para él, le ordenó a uno de esos pueriles camareros de las Juventudes Hitlerianas -que con gran sigilo me confiaron sus secretos- que le trajera de la reducida biblioteca una obra de Shakespeare, del que se consideraba un devoto tardío.

Elige el último capítulo, y subraya un párrafo en particular:

De todas las maravillas de las que he tenido noticia, la muerte es la más sublime. Los hombres se agitan cuando pronuncian su nombre. Pero nada de ello debe suceder, ya que cuando tenga que venir, simplemente habrá de arribar.

Era el momento póstumo del espíritu de Julio César cuando se elevaba por sobre su cuerpo, luego de su asesinato frente al busto de Pompeyo.

Y para sorpresa de ese atónito niño e improvisado asistente, en un tono indulgente y paternal, le confía: "Nadie en la historia como este bardo de Avon, ha rubricado mejor la naturaleza humana.

En su obra esta descrita toda la saga del hombre, con sus miserias y grandezas.

La pureza de dos amantes como Romeo y Julieta, la avaricia como la de Shylock en

el *Mercader de Venecia*, la duda existencial de Hamlet, la traición de Ricardo III y la alocada y primitiva celotipia como la de Otelo".

Horas después moría como había vivido, apegado a sus convicciones.

Antes de partir y luego de despedirse de sus secretarias y colaboradores más inmediatos, quiso hacerlo por separado de su *valet* personal, Heinz Linge, quien, años después, relataría su epitafio verbal.

Estrechándole la mano, le confió: "El pueblo alemán deberá aguardar por un nuevo Führer que en una o dos generaciones llegará y ese será el momento en que la historia me hará justicia".

Fueron sus últimas y lacónicas palabras.

Considero de utilidad refrescar esa cita que en mucho contrasta con las que le asignaron arteramente, en el sentido de haber expresado que nada le interesaba la suerte de sus compatriotas. Pero con su partida no pudieron excretarse otras secuelas.

LAS CICATRICES

Por el mero transcurso del tiempo y por haber sido abyectamente olvidadas, me pro-

pongo exhumar de entre los cientos de episodios catastróficos de la Primera Guerra, la historia que no terminó en una tregua como todas las anteriores, cuatro escenarios bien definidos y separados entre sí, que por su escarnio, nunca resultaron de interés para los cronistas, que se autodefinieron como neutrales y por demás ¿objetivos?

He de citarlos conforme su cronología y su autoría.

LAS ALIADAS

Para el 25 de julio de 1943, el derruido puerto de Hamburgo recibió miles de toneladas de un bombardeo anglo-estadounidense que ya había dotado a sus proyectiles de combustible líquido, que 20 años después se perfeccionarían sobre el enemigo "Charlie" en las selvas de Vietnam del Norte y se conocerían como las bombas de napalm.

Pero más allá de los destrozos físicos que todo ataque aéreo previsiblemente produce, este en particular obligó también a las fuerzas alemanas a improvisar una macabra solución.

Como las carcasas de las bombas al explotar, sólo expandían un inextinguible fuego,

los soldados de los destacamentos portuarios no tuvieron otra opción que ametrallar a sus propios compatriotas para evitarles la prolongación de un irremediable deceso.

Esa necrológica impronta no tuvo iguales ni antes ni después de aquella luctuosa jornada, resultado de la cual, más de 93 mil hamburgueses flotaron durante semanas en las riberas adyacentes como mudos testigos de la brutalidad Aliada elevada al paroxismo.

Se conocería como la Operación Gomorra, en una sardónica alusión al castigo divino de los pecadores.

Pero la sevicia inglesa no se agotó en ese fluorescente capítulo.

Habría otro que superaría por mucho su devastador resultado. El 14 de febrero de 1945, una retirada ciudad como Dresde, considerada la Florencia germánica por su abundante arquitectura barroca, había recibido a más de medio millón de alemanes, quienes como refugiados, pretendían ponerse a salvo del demoledor avance ruso en el Frente del Este.

Las autoridades, confiadas que su pueblo nunca sería un objetivo militar porque no había fábricas de armamentos, material bélico,

ni tropas de importancia, habían despachado años antes todas sus piezas de artillería a los asentamientos alemanes de Stalingrado y Leningrado, y habían disimulado la inexistencia de cañones reales, reemplazándolos por otros virtuales de cartón corrugado.

Era, a todas luces, una ciudad indefensa. Sin embargo, para un reverendo crápula como Churchill, era la perfecta excusa para otro bombardeo castigo, libre de consecuencias.

Durante tres días y tres noches de constantes e intensos bombardeos de material fosforado impactaron a una población que no tenía donde esconderse, mientras ingleses y estadounidenses se vanagloriaban del número de bajas capitalizado.

350 mil alemanes nunca volverían a divisar la luz del día.

Otro glorioso resultado para los defensores del ¿mundo libre?, de mayor contundencia y efectividad que los dos sucesivos impactos nucleares en Japón, que no llegarían ni a la mitad de esas víctimas.

LAS SOVIÉTICAS

Sobre el final, el Almirante Doenitz programó la evacuación de civiles y enfermos

alemanes, estacionados en Polonia.

Se la conoció como la Operación Aníbal y consistía en despachar barcos mercantes al Báltico para que acudieran a ese rescate.

El 30 de enero de 1945, 75 mil refugiados, como los de tantas partes de una incinerada Alemania, se apretujaban en el puerto de Danzig, curiosamente donde la guerra había comenzado seis años antes, para repatriarse a sus hogares, aunque estos hubieran dejado de existir.

Los primeros 12 mil, entre los que se encontraban más de 3 mil veteranos heridos en combate, abordaron un bonito transatlántico, reciclado en un improvisado buque hospital.

Era el Wilhelm Gustloff, a quien su capitán, por supuestas ulterioridades, había engalanado con innumerables banderas de la cruz roja a babor, estribor y sobre el techo del navío.

A menos de 90 millas náuticas de la costa y unas pocas horas luego de zarpar, es divisado por un sumergible ruso, el S-13, al comando de un asesino con todas las letras, Alexander Marinesko.

En menos de 45 minutos, dos torpedos fueron suficientes para que el hospital flotan-

te se fuera a pique con toda su tripulación y pasajeros.

Menos de 80 sobrevivientes fueron rescatados de esas gélidas aguas del Báltico, para que sirvieran de mudos testigos de una humanidad totalmente desinteresada.

Otros transportes sufrieron idéntica suerte en los meses posteriores.

El Goya, con 7.500 pasajeros, sin sobrevivientes, torpedeado por el submarino L3 el 16 de abril de 1945, por otro asesino de inocentes, el capitán Vladimir Konovalov.

El Cap Arcona, hundido con 8 mil civiles, el 3 de mayo de 1945.

Y entre otros más, el General Von Steuben, con casi 9 mil, entre los cuales se deben de contabilizar 41 médicos y 375 enfermeras, torpedeado el 10 de febrero, o sea unos días posteriores a lo del Gustloff y por el mismo criminal de guerra, sin juicio posterior.

Si tomamos la leyenda con principios estrictamente numéricos, cualquiera de nosotros podrá concluir que ninguna tragedia en la azarosa historia de los mares, se le asemeja a la del Gustloff.

Y a estas alturas, me pregunto y trasla-

do el mismo interrogante al lector. ¿Por qué nunca se llevó al cine esta tragedia, en lugar de haberla reemplazado hasta la fatiga por la suerte del *Titanic, c*uando el número de ahogados fue casi diez veces superior en el caso alemán?

Le podrán decir al lector, como refutación a mis dichos, que el 7 de mayo de 1915, fue el comandante del submarino germano U20, Walther Schwieger quien con un torpedo hundió al Lusitania, erigiéndose como el pionero en la autoría de naufragios civiles.

Pero todo caerá de bruces al compaginar las crónicas de la época que nos atestiguan que el Consulado alemán en Nueva York aconsejaba en todos los masivos periódicos neoyorquinos a los interesados en tomar la travesía de ese paquebote que se abstuvieran de hacerlo.

Porque podría ser hundido, ya que el Servicio de Inteligencia del Káiser había detectado que en sus bodegas, además del manifiesto de carga declarado, existía otro, subrepticio, consistente en 2 mil toneladas de balas de cañón, fletadas por un Estados Unidos ¿neutral? para una Inglaterra que destinaría esa valiosa partida a sus destructores.

Pero retornando a los mongoles y sus correrías, cuando a fines de marzo de 1945 habían traspasado las primeras defensas de la capital del Reich, dieron inicio a los combates más despiadados que serían conocidos luego como la Batalla de Berlín.

También creo necesario recordar a un desprevenido lector que el paso de las hordas rusas hacia las escalinatas de la Cancillería se pagó con más de 100 mil berlinesas violadas y en su mayoría posteriormente suicidadas y/o estranguladas.

Este criminal suceso sólo es comparable con los de los tiempos de los bárbaros medievales, de los que sólo se cuenta con algunas crónicas aisladas y de difícil verificación.

En cambio, el caso de Berlín fue demasiado contemporáneo como para que siga cínica y cobardemente transcurriendo inadvertido y en un plano meramente coloquial.

Los registros de los propios rusos y del resto de los países ocupados por el Reich no dan cuenta de sinonimias, simplemente por la inexistencia de casos de faltas al pudor por parte de sus soldadescas.

Quizás estas taxativas crónicas precedentes no contribuyan en mucho y acaso en nada,

para inhumar el aún muy acendrado inconsciente colectivo anti nazi que gobierna a una opinión pública mundial desafectada y más bien divorciada de la búsqueda de la verdad histórica.

Espero, sin perjuicio de ello, y quizás con cierta dosis de ingenuidad, que la primera fase de esta entrega que ahora culmina, pueda contribuir a restañar el inmerecido oprobio del que es objeto todo el pueblo alemán que, haciendo culto de la legendaria y mitológica Ave Fénix, se rehízo de sus propias cenizas.

Esa misma ave que, quien sabe por qué, el propio Hitler escogió como su venerada dentro del universo natural.

¿Producto de una premonición? Quien lo sabe en verdad.

EL INCIDENTE DE ROSWELL

En la madrugada del 7 julio de 1947, dentro de una rocosa y desértica zona de Nuevo México, una nave de origen desconocido se estrelló cerca de una Base de la Fuerza Aérea estadounidense.

La noticia causó revuelo internacional, porque se interpretaba que los restos de un Ovni y los cadáveres de tres de sus ocupantes fueron recuperados y escondidos convenientemente en las dependencias de esa estación militar.

Las especulaciones que se tejieron a partir de ese incidente fueron múltiples y forman parte de la literatura fantástica hasta nuestros días.

Se decía entonces, y aún se reafirma, que el material de ese ignoto aparato se parecía al aluminio por su color gris brillante, que si se doblaba, en instantes recuperaba su forma original, y que los cuerpos de los extraterrestres eran de un biotipo humanoide, de cabeza desprovista de cabello, ojos ovoides y de pequeña estatura.

Incluso se difundieron videos supuestamente clandestinos, en los que se exhibían imágenes de autopsias de los órganos de esos aparentes alienígenas, y que fueron difundidos, *ex profeso*, para alimentar la curiosidad morbosa y a su vez ingenua del pueblo estadounidense de aquellos tiempos.

22 años después repetirían ese tipo de fraude, televisando el alunizaje del Apolo XI, cuando a estas alturas, toda la comunidad científica internacional es conteste que esa hazaña de la Nasa fue tan solo otro cuento de hadas, y cuya filmación estuvo a cargo del desaparecido cineasta Stanley Kubrick, en un estudio casi abandonado en el desierto de California.

La justipreciación del enorme agujero negro de la carrera espacial y su presupuesto invisible, hizo posible que todo ese inconmensurable gasto de fondos federales, tuviesen algún tipo de utilidad.

Pero involuntariamente me he alejado del propósito angular de este pequeño capítulo.

El caso es que con fecha 6 de agosto de 1947, el Delegado Militar estadounidense en Berlín, remitió un sobre dirigido a Allen Dulles, por entonces titular de lo que luego se

conocería como la CIA.

Dentro del contenido, figuraban 30 radiografías dentales pertenecientes a un cuerpo femenino y dos masculinos.

Las de la mujer eran compatibles con uno de los esqueletos extraídos de los escombros del aparato siniestrado.

Su nombre María Orsitsch, amiga personal de Adolfo Hitler y fundadora de la Sociedad Vril.

El segundo, de un hombre cuya apariencia era de menos de cincuenta años y su identidad, Hans Kammler, general de la SS y titular del programa nuclear alemán desarrollado en las montañas de Karkonosze.

Sobre el tercer cuerpo no hubo concordancia suficiente, pero las especulaciones más fundadas fueron insistentes con la compatibilidad por el segundo quinto y sexto molar a las de Martin Bormann.

En síntesis, lo que encontraron los estadounidenses en aquel apartado lugar de la meseta neo mexicana, fue ni más ni menos que lo que se conoce como la *Die Glock* o en su traducción sajona, la *Nazi Bell*, comúnmente conocida como la campana alemana.

Este curioso hallazgo, más allá de los ampulosos engaños a los que Washington nos tiene acostumbrados, nunca fue revelado a la opinión pública mundial, porque para entonces hubiera sido un shock haber dado a conocer al universo que la maquinaria bélica del Tercer Reich, había logrado navegar en el tiempo y el espacio.

Werner von Braun, por entonces un prominente ingeniero aeroespacial en cautiverio, fue consultado al respecto, pero manifestó su absoluto desconocimiento sobre los secretos de ese revolucionario sistema de navegación, aunque admitió que sólo un reducido grupo de técnicos dependientes de las SS fueron comisionados para ese proyecto que se consideraba ultra secreto.

Los estadounidenses también se vieron incapacitados para evaluar convenientemente esa suerte de milagro tecnológico, ya que los fragmentos recogidos por millares eran imposibles de reconstruir, y además, de un material compatible con la cerámica, circunstancia que los desconcertó aún más.

El caso es que la carrera por decodificar el control temporal y espacial aún guarda un incomprensible misterio, conclusión que me

lleva a varias preguntas que ante la ausencia de respuestas cognitivas, traslado al lector:

¿Qué hubiese sucedido si la Alemania hitleriana hubiera ganado la guerra? Seguramente en el terreno científico, los avances de la Humanidad habrían sido, por decir lo menos, colosales.

¿Hubiésemos ganado la batalla contra el cáncer? ¿De cuántos flagelos irresueltos nos hubiera librado la gran Alemania? Probablemente de muchísimos otros.

Sin embargo, los hechos, estos que cada día nos inundan de más y más tribulaciones, nos han impedido conocer esos alcances y, en definitiva, son los que han salido victoriosos de esa derrota.

EUROPA Y LA CUESTIÓN MUSULMANO-PETROLERA

En momentos como el presente, de gran incertidumbre internacional, es precisamente Europa, esa por la que Hitler ofrendó su vida por rescatar de las garras soviéticas, la que se encuentra en una profunda postración, turbada en la actualidad incluso por movimientos independentistas como el de la Lombardía respecto de Italia, y los de Cataluña y la Vascongada en España, a los que se sumarán otros.

Y en respaldo de ello, el universo que conocemos nos ilustra sobre su peligrosa cercanía a Oriente Medio y sus polvorines a punto de explotar. Israel se encuentra en un perpetuo asedio, atenuado apenas por la disuasión nuclear estadounidense, pero ese inestable y delicado equilibrio no será eterno.

Y entiendo que la movilización masiva y compulsiva de todos los israelíes devendrá como inexorable dentro del próximo lustro, o tal vez un poco antes, resultando como muy probable que el viejo sueño del Führer, de erradicar a esta raza fuera de occidente hacia

esa rica isla en el océano Índico, sea la prenda de paz para detener una escalada musulmana en Palestina.

Y en esa dirección estimo que, tras arduas negociaciones, acaso Jerusalén será declarada una ciudad abierta, patrimonio de la humanidad y bajo la supervisión de las Naciones Unidas.

Con esa desafectación se logrará extirpar la ancestral *yihad* árabe contra los judíos y habrá cierto sosiego en la región por un tiempo.

Y todo me indica que además anhelan extender sus fronteras africanas hasta abarcar a todo el continente, hasta el Cabo de Buena Esperanza.

¿Por qué? Simplemente, porque los reservorios de agua y tierras fértiles son, por decirlo de algún modo, inagotables y además, porque su clima se encuentra en un envidiable estado virginal de polución y libre de lluvia ácida, sin desconsiderar que su mayoritaria población de color no profesa los votos de ninguna religión en particular, además de ser muy vulnerable por su creciente indigencia y la muy profunda orfandad de sus valores culturales.

La cooptación europea no tendrá motiva-

ciones mitigantes y alimentarias, como las del Continente Negro.

Será una pretensión cultural y estratégica para destruir los vestigios de un cristianismo que en el mundo árabe está siendo extinguido como en la época de Saladino, según lo atestiguan las constantes matanzas de nuestros hermanos en Egipto, Siria, Yemen y Etiopía, y producto del inocultable descrédito de un Vaticano que, con todos sus extremados esfuerzos, nuestro humilde, carismático y probablemente último Pontífice Francisco jamás podrá extirpar.

Porque esos excesos se encuentran profusamente enquistados en las filas de la Iglesia por una legión cartelizada de pedófilos en estado activo, que manejan a su voluntad las pecaminosas fiducias de la Santa Sede.

El Islam, que si bien no condena la sodomía porque de hecho muchos de sus feligreses son fervientes practicantes de ella, será empero un precipitado religioso demasiado indigerible para quienes no lo profesan, que contrasta por su fanatismo con las prácticas occidentales contemporáneas desaprensivas, pletóricas de escepticismo y cuyos valores religiosos van en caída libre, a lo que se debe

agregar que en el occidente europeo se cuentan más de 40 millones de jóvenes que no estudian ni trabajan.

Pero no debemos olvidar que parte de la tarea está hecha, en virtud a los millones de musulmanes que se encuentran residiendo en los aposentos el ex Imperio Romano.

Al afirmar estos conceptos, no puedo sortear como inadvertido, el hecho que el casbah en París, lindero a Montmartre, cuenta con más de un millón de adherentes islámicos, hijos y nietos de emigrados argelinos y demás colonias francesas de Ultramar; y que Alemania supera ese número con 1,5 millones de descendientes de turcos que también se asentaron a mediados de los años 50, para ejercer las labores domésticas y callejeras de las que los alemanes se desinteresaron a partir de esa época.

Pero sin desdeñar esta casuística bonificación de islamitas ya constituidos como libres ciudadanos europeos, el caso es que el mundo árabe de nuestros días, desangrado por sus diatribas intestinas, se unirá en un plan común, y alcanzado tal objetivo, sus más de 1.000 millones de súbditos se alinearán detrás de una sola Liga Árabe, reflotando así el sue-

ño trunco de Gamal Abdel Nasser.

Lograda esta segunda fase de un plan que se encuentra todavía en estado embrionario, esa necesidad expansionista habrá de imponerse como un objetivo primario, toda vez que el reinado del acariciado oro negro tiene fijada ya su fecha de próximo vencimiento.

Trataré de explicarlo desde otra perspectiva.

Según mis rudimentarios cálculos, antes de los venideros diez años, las energías renovables reemplazarán a las petroleras por la aceleración lineal del efecto invernadero que nadie sabe cómo detener, y por la inocultable circunstancia que los Estados Unidos han comenzado a extraer sus propias reservas de crudo en territorio propio, sin limitaciones.

Existencias que hasta hace poco eran consideradas como intocables y estratégicas, circunstancia que sólo debe ser leída en una dirección y es que los combustibles fósiles pronto serán historia.

Ante ese inexorable panorama, los árabes se unirán en pos del objetivo integral, de utilizar antes que pierdan definitivamente su valor, los 200 billones de petrodólares que atesoran como activos, para acendrar la domina-

ción de ambos continentes.

Apelaran a esta salida por una mera necesidad de supervivencia, para evitar con ello que todo su universo, incluidos sus riquísimos emiratos, involucione a los tiempos en que eran olvidadas y paupérrimas tribus de camelleros, con ciertas limitaciones en Asia, que serán amortiguadas y desaceleradas por China, aunque no es desdeñable que la muy numerosa fracción musulmana de la India y sus pares afganos y paquistaníes, se unan al país con mayor cantidad de musulmanes a escala mundial como Indonesia, resultando no descartable, otro peligroso foco y una nueva hipótesis de conflicto en progreso en dicha área.

Como vemos, las trompetas del Apocalipsis antes o después habrán de emitir sus sonidos.

Esto es que una Tercera Guerra Mundial sorprenderá a una Europa desarmada y sin un poder nuclear de relevancia, a excepción del más que limitado de Francia y el Reino Unido.

Y si a ello anudamos con especial y objetiva consideración que unas 2 mil ojivas nucleares de las 20 mil que la ex Unión Soviética

armó temerariamente en los ‘60, se encuentran actualmente en los arsenales de las musulmanas Uzbekistán, Turkmenistán, Azerbaiyán, Kazajstán, Kirjistán, Tayikistán y Turquestán, el escenario que nos rodea no podría ser más atemorizante.

Cuando ello se avecine, por el mero transcurso del tiempo, veremos a la actual Rusia profundamente sumergida en el manejo corporativo de la mafia chechena, que compite con la del Abrahamovich, Prokhorov, Jodorkovski; y la del propio Putin se encontrará incapacitada por esa parasitaria molicie, para consagrarse como la rectora de la suerte europea.

Y ante esa inestimable vacancia, le llegará el turno a una Alemania, como antes y como siempre, aprestada para las emergencias más incalculables y ciclópeas.

Esa que con sus *Deutches Marks* conquistó en tiempos de paz lo que Adolfo Hitler no logró con sus Panzers en los de la guerra.

Y estoy seguro que impondrá sus condiciones, que según creo, no será otra que la impostergable reivindicación que la historia pretérita le adeuda con punitorios, y que dotará a sus ciudadanos de la confianza impera-

tiva, pero aún vedada, de expresar libremente sus opiniones acerca de lo acontecido desde la segunda mitad del pasado siglo hasta el presente.

De esos desvelos, cuando la noche del 13 de agosto de 1961 unos 54 mil soldados de Alemania Oriental edificaron el Muro de Berlín en tan solo 12 horas, sorprendiendo a quienes ocasionalmente habían salido de sus domicilios y que se vieron impedidos de retornar a los mismos si estos se situaban en la nueva zona roja.

Así se dividieron de manera absurda y canallesca a millones de familias germanas que, por una aviesa fragmentación de su nación, fueron privadas de la reunión de sus miembros por casi tres largas décadas.

Esta simétrica crónica, que admito futurista y acaso ficticia, y anhelando con todas mis fuerzas que no sea más que una visión anodina y errática, es sin embargo probable, dado el estado mostrenco de un plano monetario orbital sin respaldo, que comenzó en 1972, el día que Richard Nixon derogó el patrón oro de su moneda, porque según los funcionarios comisionados para inspeccionar el stock de lingotes en Fort Knox, sus bóvedas no tenían ni por asomo la magnitud que refle-

jaban sus registros contables.

Y sobre ese preciso aspecto, recuerdo que cuando los marines desalojaron a los japoneses de Iwo Jima el 23 de febrero de 1945, como sus dólares tenían su contravalor en oro sólido y no se permitían el lujo de emitir como lo venía practicando el resto de las economías de entonces, se vieron forzados a lanzar al mercado los legendarios *War Bonds* por un total de 14 mil millones de dólares entre la población estadounidense.

Porque ello equivalía a lo que, según los asesores económicos de Truman, deberían de gastar para llegar a los umbrales del palacio del Emperador Hirohito.

Hoy esas anacrónicas y puntillosas cuentas han naufragado en el más profundo de los olvidos.

Prueba de ello fue el caso de las Twin Towers, aquel luctuoso 11 de septiembre del 2001, cuando George W. Bush, mediante un terror que él mismo había pergeñado con un maléfico y falso atentado, obligó al Congreso a otorgarle 600 mil millones para embarcarse en una aventura contra Saddam Hussein.

La petición estaba carente de alguna intencionalidad patriótica, todo se reducía a

una voluptuosa y forzosa inyección de circulante para un sistema económico hundido en un inocultable quebranto que, a pesar de esa especie de savia verde diseminada en el mercado, hizo implosión con el mismo estruendo que las sufridas por el World Trade Center 7 años después, con el derrumbe de Wall Street, y que arrastró a todo el orbe en esa pueril quimera de las hipotecas *subprime*.

Pero ninguna originalidad tuvo el entonces presidente estadounidense de principios de este siglo, ya que abrevó en los movimientos de pinzas de sus expertos predecesores, que se las ingeniaron para encender la chispa de otras guerras, empezando por el hundimiento del *USS Maine* el 15 de febrero de 1898 en la Bahía de La Habana, ordenado por William McKinley para justificar la Guerra con España y apoderarse de Cuba y Filipinas, como sus noveles colonias; pasando por Franklin D. Roosevelt y el descifrado de la clave secreta nipona, que le permitió enterarse del ataque a Pearl Harbor un mes antes que se llevara a cabo, y optó por retirar sus invaluables portaaviones, dejando que fueran los japoneses los agresores, y sacrificando de paso a 4 mil inocentes tripulantes de una flota de utilería.

Y también otro demócrata como Lyndon Johnson, que el 31 de julio de 1964 encargó a la CIA el atentado contra el *USS Madox* en el Golfo de Tonkín, reeditando así un nuevo capítulo bélico artificial como la Guerra de Vietnam, que no se limitaría a otro objetivo que movilizar el complejo industrial de la defensa para encubrir una fortísima recesión.

Reproduciendo lo hecho por otro correligionario y anterior ocupante de la Casa Blanca, Harry Truman cuando produjo la invención de otro entuerto como la de Corea, por idénticos motivos recesivos, 15 años antes.

Volviendo al punto, todos hemos visto que la Reserva Federal emite, como la Eurozona, a voluntad de sus inclemencias, pero a diferencia de los estadounidenses, esa emisión espuria europea transgrede todos los esfuerzos alemanes, que aporta a las arcas de sus asociados en este holograma del Euro, casi el 50 % del producto zonal bruto.

Y esa disciplina Fiscal necesariamente habrá de impeler a todos los favorecidos –sin las ridículas y pomposas casas reinantes- a alinearse tras la única economía fortalecida, merced al denodado esfuerzo de sus habitantes, y a la que, sin presiones de ningún tipo,

coadyuvaran a constituirse como el Nuevo Tercer Reich.

Después de todo, como cualquiera podrá colegir con sólo repasar sus capítulos, la historia no es otra cosa que un correlato de identidades reiteradas a lo largo de los tiempos, pero en nuestros días, tonificada con una pátina sumamente decadente, por la proliferación de esta tumultuosa y estridente cultura *Gay* que primero se apoderó de las tendencias en la moda, y que hoy, con sus crecientes tentáculos sobre las redes sociales, la ha exportado a todo el concierto social universal, con el subsiguiente efecto dominó, que nos muestra como una civilización sin destino conocido.

O en su defecto, sumamente incierto si le adicionamos la brutal comercialización y el consumismo salvaje de drogas herboristas y sintéticas y demás enervantes que nos conducen a un inevitable naufragio, porque por alguna extraña razón desconocida para mí, nos hemos deshecho voluntariamente de un salvavidas.

Y en la misma dirección, para despedirme del lector, un acertijo sobre la intervención alemana en los grandes procesos que marcaron el devenir de los tiempos.

En homenaje a esos destemplados, viene a mi recuerdo uno de ellos.

Sin la intervención de última hora de los Húsares Prusianos del Mariscal Blucher en Waterloo aquella lluviosa tarde del 18 de junio de 1815, ¿quién hubiese detenido a un insaciable Bonaparte como el único y absoluto emperador de Europa?

Es mi ferviente deseo dedicar esta sinopsis a todos los jóvenes alemanes y a la memoria de sus millones de soldados caídos en tantos e incontables frentes de batalla, sobre todo a los 600 mil que nunca retornaron de Rusia, a pesar de haber sido capturados y gozar de los derechos consagrados por la Convención de Ginebra, y a los 470 mil del Frente Occidental que, rendidos como prisioneros de guerra en abril de 1945, en el Alto Palatinado con idénticos beneficios, murieron de hambre por la orden directa de no alimentarlos, por parte de otro criminal de guerra indemne y descendiente directo de alemanes, como lo fue Dwight Eisenhower.

En virtud a lo vertido por su Ayudante de Campo en su obra misteriosamente desaparecida, *Los otros perdidos*, que ofrendaron sus vidas para que el universo cristiano sobrevi-

viera a los cantos de sirena de un marxismo en apariencia romántico y humanista que llevó a la inmolación de cientos de miles de jóvenes idealistas, pero que en su esencia, sólo se ha limitado a ejercer como el cancerbero de la libertad.